

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ESPECIAL

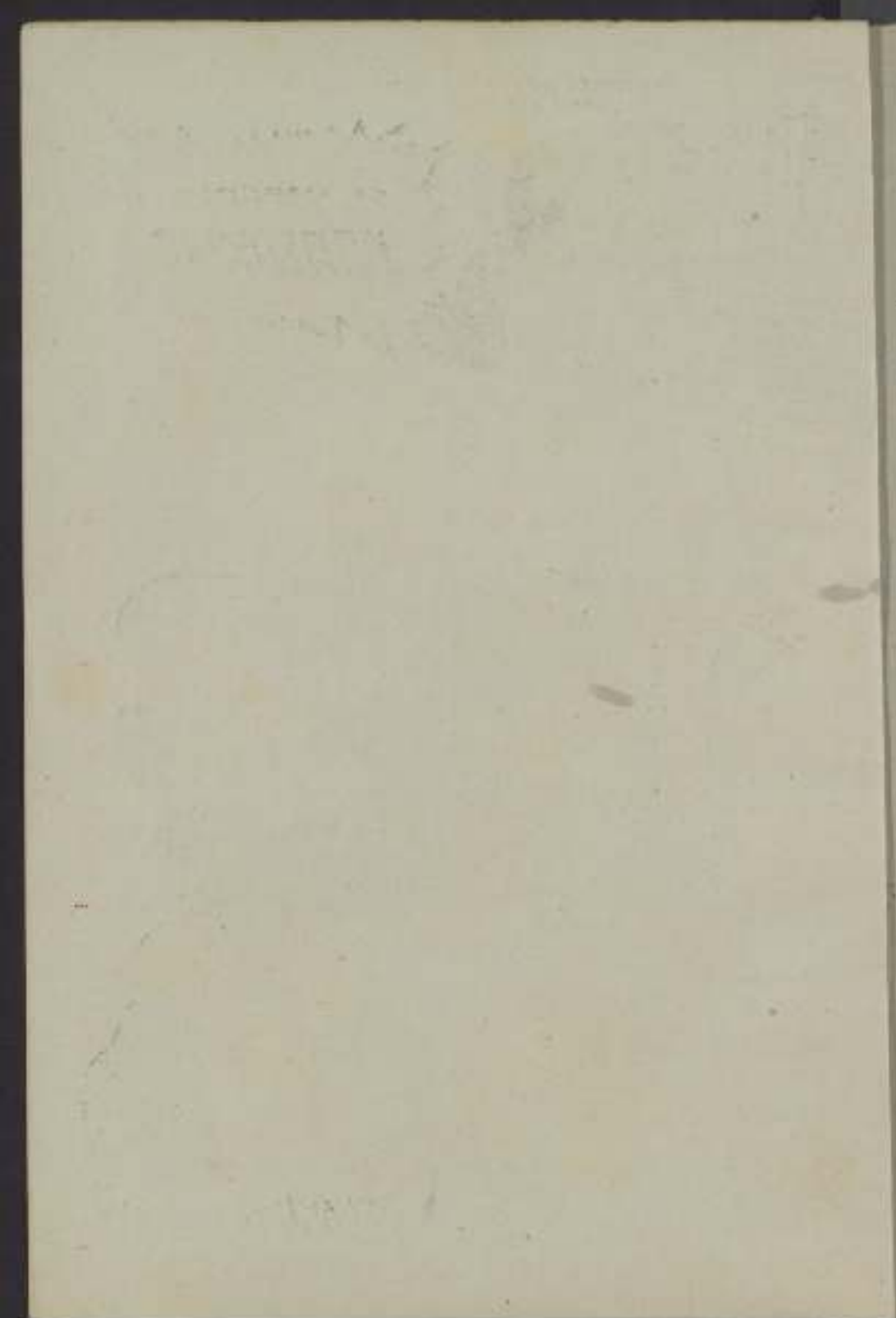
EL IMPERIO
FANTASMA

LA CAMARA DIABOLICA



FLASH GORDON

Ediciones S.A.P.A.





LA CAMARA
DIABOLICA

PRIMERA PARTE DE
EL IMPERIO FANTASMA

LA CAMARA DIABOLICA
PRIMERA PARTE DE
EL IMPERIO FANTASMA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTIL
Valencia, 234 - Teléfono 70677
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

ADMINISTRACION Y REDACCION
APARTADO DE CORREOS 707 - BARCELONA

AGENCIA DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Nº 1042, 8, Barcelona - Témora, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"

ARGO XX

SERIE ESPECIAL
NUM. 105

NUM. 354

LA CAMARA DIABOLICA

PRIMERA PARTE DE
EL IMPERIO FANTASMA

Espectaculares aventuras de **Flash Gordon** que con la ayuda de sus dos pequeños amigos, **Frankie** y **Betsy**, sostiene una descomunal lucha contra un grupo de sabios ambiciosos y una poderosísima ciudad situada a seis mil metros bajo el nivel de la tierra y dotada de los más increíbles adelantos técnicos y científicos.

EXCLUSIVA NUEVA FILMS S. A.

Avenida José Antonio, 22 - Madrid

Distribuida para Cataluña, Aragón y Baleares **EXCLUSIVA SIMO** ARAGON, 249
BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Flash Gordon</i> . . .	Gene Autry
<i>Frankie Baxter</i> . . .	Frankie Darro
<i>Betsy Baxter</i> . . .	Betsy King-Ross
<i>Reina Tika</i>	Dorothy Christy
<i>Argo</i>	Wheeler Oakman

Director:
Otto Brower
y Breezy Eason

Narración literaria por
Juan Planas

EL RANCHO

Los desocupados, que se paseaban cerca del rancho, contemplando algunos de ellos las proezas ecuestres de un vaquero, se dispersaron como una bandada de ocas asustadas al sonar el primer disparo, cobijándose en el interior de la casa.

—La pandilla de Antry está cometiendo otro asalto!—gritó un cow boy, empuñando su pistola.

Mientras que en el rancho se aprestaban a la defensa, por la carretera que desembocaba en él, galopaban frenéticamente los caballos de una diligencia, a la que acosaban unos jinetes cuyo rostro iba oculto por un pañuelo.

El vehículo, después de ser acribillado a balazos, entró en el cercado del rancho... Pero en aquel instante lo rodearon los bandidos, el jefe de los cuales, apuntando con sus revólveres a los viajeros, ordenó:

—¡Ya saben lo que buscamos!... ¡Venga eso y de prisa!

Los ocupantes de la diligencia le entregaron... algo que hizo lanzar una carcajada a los despavoridos espectadores del atraco: ¡instrumentos musicales! El jefe de los bandidos se quitó el pañuelo de la cara y se acercó risueño a un micrófono, a través del cual dijo:

—Sí, amigos; aquí Flash con sus jinetes filarmónicos, robán-

doles el tiempo desde la emisora del rancho. Estamos a punto de asaltar su casa con las armas de las mejores melodías campestres... Sin embargo, procuraremos divertirlos con buena música ranchera.

El célebre Flash Gordon hizo una seña a sus músicos, que comenzaron a interpretar una cancioncilla. Cuando ésta hubo terminado, Flash volvió a hacer uso de la palabra, anunciando:

—Cederemos ahora el micrófono a Frankie y Betsy Baxter, presidente y vice-presidente del Club Nacional de los Jinetes del Trueno... El éter os espera; es todo vuestro...

Frankie y Betsy, los inseparables hermanos Baxter, cuya edad oscilaría entre los quince y diez y ocho años, rompieron a hablar al mismo tiempo. Frankie, haciendo uso de sus derechos masculinos, tapó finalmente la boca a la simpática Betsy, y se excusó de la disputa de la manera siguiente:

—Perdonen, radioyentes... Me permito rogarles que ingresen en nuestro Club de los Jinetes del Trueno. Así podrán venir a nuestro campamento de verano y ver cómo se organiza un programa de verdad, con caballos de verdad, pistolas de verdad y verdaderos cow-boys. Todos los muchachos...

—Y las chicas también—intervino Betsy.

Como Frankie no estaba de acuerdo en que las mujeres ingresaran en el Club, estalló una disputa, que terminó sin ventaja para ninguno de los dos. Frankie recobrando su sagre fría, agregó:

—Contestando a sus cartas, muchachos... y muchachas, diremos por qué escogimos el nombre de Jinetes del Trueno para nuestro Club...

He aquí lo que Frankie explicó: Un día Betsy y él estaban cabalgando por el campo, cerca de las colinas, cuando oyeron un rugido semejante a un trueno. Con gran sorpresa, descubrieron a unos jinetes que llevaban largas capas y relucientes cascos en la cabeza. Procedían del Valle del Trueno. A medida que se acercaban a los muchachos el trueno crecía de intensidad, hasta ser ensordecedor.

De pronto advirtieron la presencia de Betsy y de Frankie y empezaron su persecución. Los muchachos espolearon sus caba-

llos y lograron esquivarlos, ocultándose; pero poco después eran descubiertos y tuvieron que escapar rápidos como el viento. Sus perseguidores acortaban la distancia que les separaban de los hermanos...

Estos comenzaban a darse por perdidos, cuando, al pasar bajo la gruesa rama de un árbol, Frankie tuvo una idea. Haciendo una seña a Betsy, trepó a la rama mencionada, arrastrando consigo a la muchacha. De allí pasaron a una peña, desde donde pudieron contemplar el regreso de los Jinetes del Trueno a su ignorada madriguera, con gran satisfacción de su parte.

—Por eso llamamos a nuestro Club «Los Jinetes del Trueno» —concluyó Frankie—. La leyenda es una realidad para Betsy y para mí. Si algún día volvemos a verlos, ya les daremos noticias de ello.

Flash substituyó a los hermanos en el micrófono, diciendo:

—Gracias, queridos amigos; gracias... —y animó a sus invisibles auditores—. No olviden todos aquellos que no pueden venir a este rancho que pueden formar en su pueblo nuestro Club...

Mientras Gordon hablaba, Frankie y Betsy se reunían a un grupo de muchachos de su edad, que les esperaban montados a caballo. Todos llevaban capas y cascos como los descritos por Frankie en su relato, y reconocían a éste como su jefe supremo.

Los músicos de Flash interpretaron otra canción, después de que el simpático vaquero hubo explicado a los radiayentes una fantástica historia, y, finalmente, se cerró la transmisión con las siguientes de Flash:

—... ¿Llegarán los Jinetes del Trueno a tiempo?... Ya se enterarán cuando enchufen la radio mañana... Buenas tardes.

Desconectaron el micrófono y Flash se frotó las manos, satisfecho, porque surcando el espacio, en dirección a ellos, volaba un avión de pasajeros con la intención manifiesta de aterrizar en un prado cercano.

—¡Ah!... Nuestro rancho se hace cada vez más popular y todo es debido a vuestras emisiones—exclamó el padre de Frankie y de Betsy—. La gente viene de todas partes, en tren, a ca-

ballo, en automóvil... Y ahora parece que también en aeroplano.

El entusiasmo del señor Baxter se hubiera mitigado bastante en caso de escuchar la conversación que mantenían los pasajeros del avión. Estos, en número de cinco, eran hombres de mediana edad, vestidos con las prendas necesarias para una exploración en parajes tan agrestes como aquéllos. Tenía la voz cantante un hombre que llevaba una barbita negra y un salacot; pero, en aquel momento, parecía haber perdido mucho de su prestigio, pues uno de sus compañeros, observando a través de una ventanilla el público que llenaba el rancho, protestó:

—¡Dijo usted que este rancho estaba desierto!... Pues vaya si está desierto.

—¿Y dónde está la fortuna de uranio que nos ha prometido?
—dijo otro.

El de la barbita hizo un apaciguador gesto de seguridad.

—Ustedes obtendrán el uranio... Caballeros, puedo afirmar que aquí se encuentra la ciudad subterránea de Mu... —se interrumpió y continuó, cambiando de conversación—: Con las debidas excavaciones, hallaremos algo más que uranio. Hallaremos secretos perdidos para el mundo desde hace miles de años.

Los músicos, Baxter y Flash fueron a recibir a los pasajeros del avión. Se hicieron las presentaciones de rigor, y el hombre de la barbita, que dijo llamarse Beetson, comunicó a Flash su intención de quedarse en el rancho por algún tiempo, para lo cual pedía su hospitalidad, que Flash se apresuró a conceder inmediatamente, creyendo hacer con ello un buen negocio...

Pero el tiempo se cuidaría de desengañarlo.

EMPIEZA LA LUCHA

Betsy entró en el granero del rancho con gran sigilo, apretó un botón, oculto en un panel de madera, y cogió la escalera de cuerda que cayó de una trampa practicada en el techo del cobertizo. Poco después se hallaba en la parte superior de éste, ante una puerta, cuyo timbre pulsó; se oyó un ligero zumbido y la puerta se movió sobre sus goznes, como empujada por una mano invisible.

Estaba en el taller-laboratorio de Frankie, quien era un investigador e inventor de toda clase de útiles y artefactos eléctricos, especialmente de los que versaban sobre aparatos de radio. El muchacho, que estaba manipulando un receptor, se volvió hacia su hermana y dijo:

—Espero que no te habrán visto entrar aquí. No quiero que nadie descubra mi laboratorio secreto.

—Me he escapado—dijo Betsy, que agrogó, cogiendo un aparato—: ¿Con que tú eres quien cogió el tubo calibrador catociclómetro que el ingeniero de radio estaba buscando?

Frankie la hizo callar y anunció, señalando la página de un libro:

—Esto científicamente me interesa mucho... Mira, hermanita, aquí explica cómo se hace un detector de dirección y he fabricado uno.

—¿Qué es un detector de dirección?—preguntó, extrañada, Betsy.

Frankie, colocando el instrumento —una especie de saeta de punta metálica— en una vasija de cristal, que tenía empalmado un hilo conectado con la radio, cambió varias veces de estación y el detector fué señalando el cambio. De repente sonaron unas

raras señales, que tenían intrigado a Frankie, y Betsy vio que el detector indicaba decididamente hacia el fondo de la vasija.

—¡Frankie, mirá!—gritó, excitada—. El detector de dirección está cabeza abajo.

Este fenómeno era tan extraordinario, que Frankie fué a pedir una explicación del mismo al profesor Beetson. Este, que estaba con Flash y sus compañeros de viaje, dió como única solución del problema la siguiente respuesta:

—Quizá magnetismo estático.

—Sí, pero... las señales parecían humanas—insistió Frankie.

Los ojos de Beetson se iluminaron con una luz, rápidamente disimulada y prometió estudiar el asunto con detención. Luego se levantó de su butaca, dando por terminada la entrevista, pero Flash le detuvo, mostrándole una figurilla de un hombre envuelto en una capa, con casco y una especie de mascarilla sobre la boca y la nariz. Nuevamente, Beetson dió señales de gran interés.

—¡Ah! Un interesante ejemplar de americano antediluviano. ¿De dónde lo ha sacado?

—Lo encontré en la entrada del Valle del Trueno—contestó Flash.

—¿Puede acompañar a mis colegas a ese lugar?

—Encantado—aseguró Flash—. Nos pondremos en camino temprano. Tengo una emisión a las dos, y si me retraso perderemos el contrato, ¿Qué les parece a las ocho?

Puestos de acuerdo, Flash, Frankie y Betsy salieron de la habitación deseándoles buenas noches. Los cinco «sabios» tuvieron un conciliábulo, durante el cual llegaron a la conclusión de que Flash era un estorbo para sus planes. Mientras viviese, el rancho sería popular y, si faltase, el sitio pronto quedaría desierto por no interesar a nadie, y podrían continuar sus exploraciones sin ser molestados.

—Mañana mismo, cuando lleve a Cooper y a Saunders al lugar donde encontró la figurilla, su misión es cuidarse de que... —Beetson hizo una pausa— ¡no vuelva!

Seguendo este plan, cuando al día siguiente Flash anunció a sus dos acompañantes que estaban en las cercanías del Valle de

la Muerte, uno de los matachines, que con Beetson les habían escoltado sin ser vistos, disparó su rifle...

¡Y Flash Gordon y su caballo se despeñaron por un precipicio, quedando inmóviles en el fondo!

Saunders y Cooper continuaron su camino hacia el Valle del Trueno, que de repente justificó su nombre, pues con un horrible rugido comenzó a despedir jinetes extrañamente ataviados. Los dos malvados se ocultaron detrás de unas matas, pero no les sirvió de mucho, porque uno de los jinetes les descubrió y, lanzando un grito de aviso, se precipitó contra los intrusos.

De la espada que pendía en su costado salió un objeto que golpeó el pecho de Cooper, derribándole. Saunders desentendió su revólver y disparó contra la cabeza de su agresor. Este cayó también.

Saunders, asustado por aquella aparición, fué en busca de Beetson, que se acercaba atraído por el disparo.

—He encontrado a un muranio—chilló Saunders.

Pero en el lugar en que le había dejado sólo se veía el cuerpo desvanecido de Cooper. Saunders se mordió los labios, contrariado. No obstante, algo le ayudó a defenderse de las burlas de sus compinches: una especie de casco, agujereado por una bala, objeto que Beetson estudió detenidamente, diciendo luego:

—Usted le perforó el depósito de oxígeno... No creo que respiren el mismo aire que nosotros. Este es sin duda un aparato respiratorio que permite a los muranios vivir al nivel del suelo. Para los ojos usan un color contra los rayos actínicos.

—Esto nos prueba que los muranios viven bajo tierra—asintió Saunders—. Tal vez desde el primer periodo glacial, hace lo menos cien mil años.

Los compañeros del muranio herido entraron a éste en una galería, socavada en la falda del acantilado, cuya entrada se cerraba automáticamente. Entre dos lo introdujeron en un ascensor, de forma de bala, que descendía hacia Murania a través de un enorme tubo de cristal, provisto de anillos luminosos que se apagaban después de haber pasado el artefacto.

Los soldados muranios se quitaron la careta al llegar a tres

mil metros de profundidad, aspirando el aire con placer; incluso el herido pareció repónerse.

Murania era una ciudad fantástica, irreal, cuyas calles estaban iluminadas por poderosos faros y tubos de luz indirecta. Sus edificios, que recordaban a los rascacielos, sus inmensos puentes, los vehículos, los «robots», los adelantos científicos, el traje peculiar de sus habitantes y su grave aspecto, la hacían semejante al sueño de los más ambiciosos sabios.

La reina de Murania había presenciado la aparición de Beetson y de los suyos en los alrededores de la entrada de su imperio, lugar al que llamaba el «jardín de la Vida», y, precedida por el agudísimo sonido de un gong, entró en la sala del trono, se sentó en éste y empezó a discutir con sus ministros lo que habían de hacer para impedir la repetición de aquella contrariedad. Entonces le anunciaron la llegada de su guardia.

Uno de los soldados que conducían al herido intentó contar a la reina lo sucedido, pero ésta le mandó callar.

—No necesito sus informes... He visto bien lo ocurrido. Quiero felicitarle por su lealtad y audacia al volver con su compañero herido, sin haber visto a los hombres de superficie ni una sola vez. Pueden retirarse. Llévallo a las cámaras revivificadoras.

En tanto que el herido era conducido al sitio mencionado, la reina pasó con sus ministros a la sala de mando, donde estaba el control de las centrales eléctricas, aparatos de televisión, radios, etcétera. Ordenó la reina al encargado de la misma que lo conectase con el jardín de la Vida, pudiendo asistir a la conversación de Beetson y sus secuaces.

—Inmediatamente nos libraremos del socio de Flash, Tom Baxter—decía el profesor—. Y ya libres de estos dos, el rancho de la Radio quedará desierto y podremos explotar nuestro descubrimiento.

—Y una fortuna en uranio—añadió Cooper—. ¿No sería conveniente que explorásemos hoy un poco?

Pero Beetson fué de otro parecer. La reina mandó interrumpir la visión y regresó a la sala del trono para discutir con sus

ministros lo que habían de hacer para cortar aquel peligro, que significaría la destrucción de su imperio.

—Ordenaré a la guardia real que libre a Murania de esos invasores—dijo el senescal.

—Yo, por mi parte, los esperaría en el Jardín de la Vida y los capturaría allí a su regreso—opinó Argo, el canciller.

—No—respondió la reina—. La entrada del Jardín deberá ser destruida para que no puedan nunca volver a encontrarla.

Y como su voluntad era ley, la reina se puso, por medio de la televisión, al habla con el capitán de la Guardia para que se llevara a cabo la destrucción por ella pensada.

Después de una sesión en el granero del rancho con los miembros de su Club, Frankie, Betsy y sus amigos fueron a galopar por el campo. De repente los ojos de Betsy distinguieron a un caballo cuya forma de trotar les era conocida. ¡Era el de Flash!

—Algo debe de haberle ocurrido. Quizá los verdaderos jinetes del Trueno se han apoderado de él... ¡Al socorro!... Este será nuestro lema—gritó Frankie—. ¡Al socorro!

Y voceando este lema, se dividieron en parejas para buscar a Flash, dirigiéndose los hermanos hacia el Valle del Trueno.

Mientras tanto, Flash había recobrado el sentido, pero no podía moverse a causa del encontronazo sufrido en su caída. Arrastrándose, reunió unos cuantos palitos, a los que prendió fuego. El humo producido por la hoguera fue descubierto por Frankie y Betsy, que poco después estaban a su lado, reanimándole. Finalmente, Flash se puso en pie y dijo:

—Tenemos emisión a las dos; sino llegamos a tiempo...

—Perderás el rancho de la Radio—completó Betsy.

Flash montó de un salto en el caballo de Frankie, quien ocupó el de Betsy, llevando a ésta a la grupa.

Esta escena había sido observada desde la sala de mando de Murania. Tanto la reina como sus ministros estuvieron de acuerdo en que el regreso de Flash al rancho significaría la prolongación del peligro para la entrada del imperio. Por consiguiente, fué enviada la Guardia a capturar a Flash.

El trueno emitido por los jinetes muranios fué percibido por

los amigos. Inmediatamente aumentaron la velocidad de su carrera, venciendo todos los obstáculos que el terreno ofrecía a su paso. No obstante, a pesar de toda su pericia y astucia, los soldados les iban a los alcances, estaban a punto de capturarles...

Como último recurso, los tres amigos treparon a la rama de un árbol, pero fueron descubiertos al estar otra vez sobre los caballos. Consiguieron una ligera ventaja, subieron a un sendero que bordeaba un abismo y doblaron un recodo. Flash tuvo una idea luminosa. Saltó de su caballo, cosa que imitaron los hermanos, y entregó el extremo de un lazo a Frankie.

—Atalo al árbol.

Frankie comprendió lo que se proponía Flash. Ligó la cuerda rápidamente al tronco y se dejó caer en el abismo, colgado de ella. Flash se le reunió poco después, llevando a Betsy agarrada al cuello.

Los jinetes muranos pasaron junto a ellos sin verlos. Sin embargo, los cascos de sus caballos tropezaban con la cuerda y la desgastaban velozmente. Betsy, al notar un crujido, exclamó:

—Se va a romper.

—¡Estamos perdidos!—gritó Flash.

Otro casco pisó la cuerda, que se rompió. Y...

EL ASESINATO

Y Flash, Frankie y Betsy se desplomaron al abismo, apretando entre sus manos un inútil pedazo de cuerda.

La vida del hombre depende de muchas casualidades y de actos instintivos. Y Flash realizó uno de ellos. Durante su caída tuvo la visión fugaz de una mata, crecida en la pared del preci-

picio, que pasó al alcance de sus manos. Instintivamente se asió de ella. Y la mata resistió, a pesar de que el cuerpo de Frankie, que chocó contra Flash, aumentó el peso que soportaba.

Los miembros del club se habían agrupado, tras una infructuosa búsqueda, para regresar desalentados al rancho. De pronto, uno de ellos distinguió a lo lejos el abismo, donde la muerte acechaba a sus admirados jefes.

—¡Es Frankie, y Betsy, con Flash!—chilló—. ¡Al socorro!

—¡Al socorro!—repitieron los demás, espoleando sus monturas.

Aunque la situación de los tres seres pendientes de la mata era muy procaria, no por eso se sentían desalentados. Mientras hay vida, hay esperanza. Frankie fué el primero en agradecer aquel inesperado asidero.

—¡Qué suerte haberte agarrado a ese arbusto!

—Sí que lo ha sido.

El galopar de unos caballos a poca distancia de ellos hizo volver la cabeza a Frankie, que exclamó:

—¡Mirad!... ¡Los Jinetes del Trueno, nuestro Club!

Estos no perdieron el tiempo. Una mano certera lanzó un lazo, que apresó un tocón, cayendo cerca de Flash. Cuando éste lo hubo cogido, sus salvadores aseguraron el extremo opuesto a un árbol, de manera que resultó una maroma, por la cual podían salir del precipicio, aunque a costa de pasar sobre él con el cuerpo colgando y empleando las manos.

—Tú primero, Frankie—avisó Flash—. ¿Podrás pasar?

—Seguro.

El muchacho cruzó impávido el abismo y llegó sin contrariedad a la parte opuesta. Y lo mismo hicieron, con igual fortuna, Flash y Betsy.

Los muranos cesaron de buscar a su enemigo a una voz del capitán, al que suponían escondido en alguna parte. El aparato de televisión que llevaba al cuello emitió un zumbido y el capitán atendió a la llamada. Era la reina, cuyo rostro demostraba su irritación.

—Espere. No les siga—dijo con sequedad—. Van camino del

rancho de la Radio. Se expondría a ser visto... Vuelva inmediatamente a Murania.

Y los soldados obedecieron prestamente.

Los miembros del club rodeaban muy excitados a los tres amigos, intentando hacer oír su voz en aquella baraúnda de preguntas sobre lo que les había ocurrido. Por último, y no sin cierta vanidad, su presidente se decidió a narrar sus proezas, cuando Flash lanzó una exclamación:

—Tenemos sólo diez minutos para volver al rancho para la emisión. Si no llegamos a tiempo perderemos el contrato.

Como si sus palabras hubieran anunciado la inminencia de un nuevo peligro, corrieron todos a los corceles y poco después galopaban a uña de caballo hacia el rancho.

En éste, Baxter conversaba con el ingeniero de sonido, a quien contaba la preocupación que le producía la prolongada ausencia de Flash. Pero, como las lamentaciones no les servían para salir del paso, el ingeniero de sonido preguntó, consultando su reloj:

—Es la hora de la emisión... ¿Qué hacemos?

Baxter, encogiéndose de hombros, le indicó que podía empezar la radiación. La desanimación cundía a medida que el tiempo pasaba sin que Flash apareciese. En el momento preciso en que el locutor iba a avisar a los radioyentes que Flash no tomaría parte en la emisión, llegó éste envuelto en una nube de polvo.

Su voz, al cantar, atrajo a los «sabios» a la ventana. Era inverosímil que Flash estuviese allí, vivo. Pero el caso es que no había muerto y, por consiguiente, tenían que rehacer sus planes.

—¿Cómo vamos a seguir nuestras exploraciones, mientras Flash esté aquí, entreteniendo a la gente con sus malditos programas?—gruñó Saunders.

—La única manera de mantener secretos nuestros descubrimientos es librar a este rancho de gente—murmuró Beetson—. Y para ello procuraremos que Flash no vuelva a hacer otra emisión en su vida.

—¿Se propone...?—preguntó Cooper.

—Lo que usted piensa—le interrumpió Beetson, sonriendo.

siníestramente—. Y luego conquistar los ricos yacimientos de uranio en el reino subterráneo de Murania.

Coincidiendo casi con esta conversación, el capitán de la Guardia de la reina de Murania era anunciado en la sala del trono, en la que había una gran expectación. La reina miró con desagrado al apuesto oficial y le preguntó:

—¿Ha visto al hombre de superficie Flash Gordon?

—Sí, Majestad.

—¿Lo ha capturado?

—No, Majestad. Ciertas circunstancias...

La reina se puso de pie en un impulso de ira.

—¡Circunstancias!...—gritó—. ¿Cómo se atreve a hablarme de circunstancias? Tenía orden de capturar a ese hombre. Su existencia es una amenaza para el reino de Murania... Por no cumplir mis órdenes, debería mandarle ejecutar.

—Sí, Majestad—contestó el capitán sin pestañear.

—Pero aun no... Diez azotes con la fusta del fiel Argo enseñarán lo que es obediencia al capitán. Llévenselo.

Y Argo, el canciller, acompañó al capitán para aplicarle el castigo. La reina pasó a la sala de mando y se acercó al gran aparato de televisión central. El operario dió vuelta a los conmutadores y la pantalla reflejó diversos actos de nuestra civilización, que hicieron exclamar burlonamente a la reina:

—¡Qué mundo tan loco!... Si los hombres de superficie llegaran a invadir Murania, nos volveríamos como ellos. ¡Qué fortuna la nuestra, con nuestra profunda ciencia y nuestra mentalidad superior!... Conecte con el rancho de la Radio, ese lugar de diversión infantil de los hombres de superficie.

Y en la pantalla apareció la imagen de Flash Gordon hablando a través del micrófono.

—Ayer, cuando terminamos nuestra charla, los jinetes del Trueno volaban en nuestro auxilio. Pues oigan lo que sucedió después—avisó, apartándose del aparato.

Los supuestos bandidos entraron, al mando del señor Baxter, en el rancho persiguiendo a la diligencia, en cuyo interior iban como pasajeros Pete y Oscar, éste disfrazado de mujer. Los via-

jeros huyeron empavorecidos al sonar los disparos y los fieles defensores del rancho se replegaron a una esquina del mismo haciendo fuego contra los asaltantes.

Mientras Flash describía a los radioyentes las incidencias de la lucha, asegurando que los Jinetes del Trueno no tardarían en llegar en su auxilio, uno de los compinches de Beetson cogió la carabina de Flash e introdujo en su recámara una bala.

Ignorando lo que se tramaba, Flash gritó, desenfundando su carabina y corriendo hacia los defensores del rancho...

—¡Jach Dalton debe acudir en ayuda de sus camaradas!

Los Jinetes del Trueno irrumpieron entonces en el rancho, lanzándose contra los forajidos.

—¡Vienen los Jinetes del Trueno!—chilló el señor Baxter—.
¡Sálvese quien pueda!

Mientras los bandidos huían, los defensores del rancho se envalentonaron y los acosaron a tirox. Flash se echó la carabina a la cara e hizo fuego contra el señor Baxter, como habían convenido. El señor Baxter cayó instantáneamente al suelo, en medio de los aplausos de todos.

Frankie y Betsy desmontaron y corrieron hacia su padre, que continuaba inmóvil.

—¡Buena calda, papá!—le felicitó Frankie—. Eres un gran comediante.

—Da la vuelta, papá—dijo Betsy—. Ahora tengo que vendarte.

Como el señor Baxter no les hacía caso, Frankie le sacudió y le volvió de cara. La extraña palidez de su padre le alarmó. Descubrió en el pecho del caído una gran mancha de sangre. Su corazón no palpitaba.

—Está muerto—sollozó.

—Alguien le ha disparado—gimió Betsy, basando el cadáver.

La comedia terminaba en drama. Poco después, a instancias de Flash, fueron reconocidos los revólveres de los actores. Todos estaban cargados con cartuchos de salvas. El misterio aumentaba.

—Ninguno de nosotros pudo hacerlo—dijo Flash, contento de que así fuera, manipulando en el cerrojo de su carabina.

El casquillo de una bala apareció a los ojos de todos.

—No puedo comprender esto—balbuceó Flash.

—Es muy sencillo — replicó Beetson— Su carabina estaba cargada.

—¿Trata usted de insinuar que yo he matado a mi socio?
—aulló Flash.

—No, claro que no—aseguró Beetson—. Pero deberá admitir que en este caso interviene la justicia.

Y dos de los «exploradores científicos» arrestaron a Flash.

FLASH GORDON HUYE

Flash se paseaba, como un león enjaulado, por su alcoba en la que había sido confinado. Le preocupaba más saber quién había matado a su socio que el hecho de verse acusado por algo de lo que era inocente. Se detuvo al oír que la puerta se abría. Eran Frankie y Betsy, que le estrecharon con fuerza la mano, mientras la segunda decía:

—Oye, Flash, nosotros sabemos que tú no has sido.

—Gracias—exclamó, agradecido.

—Pero dicen que lo hiciste. Y el sheriff vendrá a llevarte a la ciudad—le informó Frankie.

—Eso me preocupa—le contestó Flash—. Si me encierran, no podremos descubrir al asesino verdadero.

Los dos hermanos habían pensado en ello. Frankie le llevó a la ventana diciéndole:

—Oscar está vigilando la casa.

—Sus cartuchos no tienen bala—agregó Betsy—. No te matará si te escapas. Lo ha prometido.

Flash iba a poner en práctica lo proyectado por las hermanas, cuando el ruido de un motor le llamó la atención. Un automóvil describía una curva y se detenía en aquel momento en la puerta principal del rancho.

—¡El sheriff!—exclamó Flash.

No podía perder más tiempo. Levantó la ventana de guillotina y dando una zancada echó a correr hacia donde tenía su caballo. Oscar le vio huir, sin dejar de silbar, y, una vez su amigo estuvo a bastante distancia, disparó su rifle y pidió socorro.

—¿Qué pasa?—le preguntó el sheriff.

—Flash me ha atacado por la espalda y se ha escapado—mintió Oscar.

—¡Allá va!—gritó Saunder.

El sheriff, por no estar al corriente de lo que acusaba a Flash, no se movió del sitio hasta que Beetson le dijo:

—El fue quien mató a Baxter.

Entonces el sheriff dió muestras de gran actividad, ordenando que montasen a caballo para emprender la persecución. Algunos de los vaqueros fueron en busca de sus caballos, pero Beetson contuvo al sheriff, que se disponía a imitarlos, explicando:

—Flash lleva una gran delantera, sheriff. Conoce todos los caminos. Tenemos un avión aquí y puede seguirle la pista hasta que le alcance la policía montada.

—Bien—aceptó el sheriff—. Tengo bombas lacrimógenas y las llevaremos.

—Caliente el motor, Sharps—dijo Beetson al piloto del aparato.

En tanto que el sheriff iba a por las bombas lacrimógenas, dos personas se disponían a aprovechar la oportunidad de intervenir a favor de Flash: eran Frankie y Betsy, que se dirigieron de escondidas hacia el avión, en el que poco después entraban.

—¿Qué haremos para que no funcione?—preguntó Betsy.

—Tal vez rompiendo algo de eso no lo haga—contestó Frankie.

—No creo que sea bastante—dudó Betsy.

Pero no pudieron llevar adelante sus planes de destrucción, porque la voz de Sharp sonó muy cerca del aeroplano, diciendo:

—Quiten las cuñas cuando dé la señal.

En un abrir y cerrar de ojos, Frankie y Betsy se escondieron en una camarilla que había en la cola del aparato, destinada a almacenar los equipajes.

Minutos más tarde, con gran consternación, notaron que el avión trepidaba, que sus ruedas rebotaban contra el desigual suelo... en una palabra, el aeroplano había despegado, llevándolos como polizones.

Estas diversas peripecias habían sido presenciadas por la reina de Murania desde la sala de mando. En cuanto el avión se hubo remontado en el espacio, la reina se encaró con Argo y le dijo:

—Esta es la ocasión de capturar a Flash.

—¿Por qué no dejar que los delegados del sheriff le cojan y le ahorquen por asesino?—insinuó Argo.

—Porque no es culpable y le dejarían en libertad para que continuase sus emisiones de radio, amenazando así a nuestra civilización—contestó la reina.

Inmediatamente se puso en contacto, por medio de la televisión, con el capitán de los soldados, que montaban guardia en la entrada terrestre de Murania, y le encargó de la captura de Flash.

De esta manera, Flash, durante su apresurada fuga, no tardó en percibir un trueno que iba aumentando en intensidad. Dándose cuenta de que eran los jinetes del Trueno, dirigió su caballo fuera de su camino. Pero ya era tarde; los muranios se dividieron en dos grupos y se entabló una desenfrenada carrera, en la que, por desarrollarse en una amplia llanura, Flash llevaba la peor parte...

El aeroplano volaba sobre los jinetes, observando la desigual lucha. El sheriff, sorprendido del extraño aspecto de los muranios, preguntó a Sharp:

—¿Quiénes son esos hombres?

—No lo sé—mintió Sharp.

—Han cogido a Flash... Vuele más bajo y sígales.

El aeroplano casi rozó la cabeza de los jinetes al acercarse al

suelo. Viendo el sheriff que uno de ellos transportaba a Flash atravesado en la silla, desmayado a causa de un golpe recibido en la pelea, abrió una caja y empezó a arrojar los objetos redondos que contenía, los cuales producían espesas nubecillas de humo al chocar contra el suelo. Cuando hubo arrojado unos diez, el sheriff gimió:

—Les estoy tirando bombas lacrimógenas, pero parece que no surten efecto.

—Llevan caretas—le contestó Sharp—. Esas bombas no lograrán ningún resultado.

En Murania y en la sala de mando, la reina estaba furiosa a causa de la inesperada intervención del sheriff, quien, de continuar persiguiendo a su guardia, podía descubrir el secreto de la entrada al imperio invisible. Pidió comunicación con la sala de armamento, colocada en la cima de la colina, en cuya base estaba la puerta de los jinetes, y dijo a Suma, jefe de los armamentos:

—La Guardia del Trueno está siendo atacada por un avión de un hombre de superficie. Disparen inmediatamente un torpedo aéreo y guíenlo hasta destruir el avión.

Suma pulsó un botón y un «robot» —hombre mecánico— puso un torpedo en el cañón; apretó otro timbre y la cúspide de la colina se corrió, dejando libre el espacio necesario para el disparo. Lanzó el torpedo y lo orientó en el aire, mediante un aparato de radio, siguiendo su marcha con un periscopio de alcance ilimitado...

El sheriff, entretanto, convencido de que las bombas lacrimógenas resultaban inútiles, pero deseoso de exterminar a los hombres que le arrebataban su presa, indicó a Sharp:

—Acérquese y usará el revólver.

El sheriff desentendió su arma y el aeroplano voló tan bajo que rozaba la copa de los árboles. Las detonaciones crepitaron y las balas salpicaron de polvo las patas de los caballos. Los muranos, despavoridos por la cercanía del ataque, picaron de espuelas, y el soldado que llevaba a Flash se libró de su carga para poder escapar con más rapidez.

El torpedo dirigido por Suma fué a chocar contra el aeroplano.

En realidad no chocó, sino que estalló al rozar la parte media del avión. Pero fué suficiente la expansión de los gases para hacer cabecear al aparato y lanzarlo contra el suelo.

—Creo que caemos. Ponte esto y vamos a saltar—gritó Frankie, entregando a su hermana un paracaídas.

Betsy se lo puso rápidamente y se lanzó al espacio, seguida inmediatamente por Frankie, mientras el avión chocaba con gran estruendo contra tierra firme. Su parte delantera se destruyó, pero lo peor fué que el impacto hizo explotar todas las bombas lacrimógenas...

Cuando Betsy y Frankie lograron descender del árbol en que habían quedado colgados, corrieron hacia Flash, que en aquel instante recobraba los sentidos. El cow-boy, a pesar de los consejos de sus amigos, se empeñó en acudir en auxilio del sheriff.

Extrajeron del interior del avión al sheriff y a Sharp, ambos cegados y atontados por los gases de las bombas. La presencia de Sharp dió una idea a Flash, quien, después de atar al secuaz de Beetson a un árbol, se puso el «monox» y la gorra del piloto.

—Ahí podré volver al rancho, buscar al asesino y probar mi inocencia—les explicó.

—Escucha...—gritó Frankie— Vienen a buscarte.

En efecto, los vaqueros enviados por el sheriff llegaban al lugar del siniestro. Sin perder un segundo, Flash, mientras los hermanos desaparecían, se tumbó en el suelo, tapándose el rostro y sollozando. El delegado del sheriff le quiso hablar, pero Flash le contestó con un bálbuco que dió mala espina al pobre delegado.

El sheriff se frotaba los ojos al aproximarse a él su delegado.

—¿Se encuentra usted bien?—preguntó el buen hombre.

—Sí, excepto los ojos. Con ese gas...—gimió el sheriff, frotándose los párpados.

—Tiene más suerte que ese aviador. Se ha vuelto loco—le dijo el delegado.

La patrulla regresó inmediatamente al rancho, llevándose a los dos accidentados y dejando a Oscar y a Pete el cuidado de arrastrar el avión hasta la hacienda.

LA MUERTE DE FLASH

El nuevo fracaso del capitán de la Guardia del Trueno fué visto por la reina desde la sala de mando y en seguida se trasladó al salón del trono para decidir con sus ministros la suerte del desgraciado capitán.

En cuanto la reina hubo expuesto la situación, Argo dijo sin vacilar:

—Según la ley de Murania, no se concede tercera oportunidad.

—Así es, Argo.

—¿Quiere Su Majestad que ordene al senescal que mande otra patrulla?—preguntó Argo.

La reina meditó durante un momento y respondió:

—Haría más impresión a la Guardia del Trueno si usted mismo fuera a detenerle.

—Gracias, Majestad—dijo Argo—. Cumpliré sus deseos.

Con este motivo Argo entraba minutos más tarde en el ascensor, que subía a la superficie con la velocidad de un bolido. Al llegar a los tres mil metros de altura, el cambio de atmósfera se hizo perceptible y Argo hubo de ponerse la mascarilla.

Se presentó en la galería de entrada, en el preciso momento en que ésta se abrió para dar paso a los soldados, cuya aparición era anunciada por su característico trueno. Al punto Argo se acercó al capitán y le dijo:

—Por orden de la reina, queda detenido.

El arrestado entregó su espada y penetró en el ascensor, escoltado por dos soldados y Argo. En la sala del trono les aguardaba la reina, que se levantó al ver al capitán, diciendo con voz solemne:

—Ha sido un buen capitán de mi Guardia del Trueno y, sin

embargo, dos veces ha fracasado en la captura de ese hombre de superficie, cuyo rancho ha atraído suficiente público a esa vecindad para hacer posible el descubrimiento de nuestro imperio. Cíteme el texto de nuestra ley.

El canciller recitó:

—Todo lo que existe pertenece a la reina. Su palabra es ley, ningún hombre puede violarla, excepto por la gracia de Su Majestad Imperial. En ningún caso, y en ninguna circunstancia, puede desobedecerse a Su Majestad.

—¿La sentencia?—preguntó la reina.

—Muerte.

La sentencia casi quedaba pronunciada, pero dependía de la voluntad real que fuera o no confirmada. La reina declaró con tristeza:

—Le condeno a muerte por faltar a su deber. Gran canciller, que se cumpla la sentencia en la cámara del rayo.

Argo salió de la sala al mismo tiempo que la reina. Una vez estuvo con el capitán en la cámara del rayo, seguro ya de que nadie le oía, el gran canciller cambió la severidad de su rostro por una amable sonrisa.

—Capitán, es el soldado número treinta y siete que será ejecutado este año—dijo a su interlocutor.

—Lo sé... Muchos eran amigos míos.

—¿Qué diría usted si le dijese que viven todavía, que viven todos?—preguntó Argo.

—Diría que no es cierto.

—Me encargo de todas las ejecuciones, capitán, y he salvado sus vidas... ¿Qué daría por salvar la suya?

—Es una traición—protestó el capitán—. Se lo diré a la reina.

—¿Cómo?—se burló Argo—. ¿Quién le entregaría su mensaje? Usted se halla en la Cámara de la Muerte y jamás volverá a verla, a no ser que quiera unirse a nosotros y esperar la hora de la revolución.

—¿Qué condiciones?—quiso saber el capitán.

—Darnos su palabra de que nos será adicto en todo... ¿Qué contesta?—preguntó Argo, notando su vacilación.

—Tiene mi palabra—respondió, al fin, el capitán.

—Es inteligente, capitán—le felicitó Argo—. Será conducido a través de un pasaje secreto al cuartel general rebelde.

Argo regresó junto a la reina, que estaba en la sala de mando, y le avisó que todo estaba preparado. No obstante, cuando la corriente de dos mil voltios culebreó y llenó de chispas la cámara de radio, resultó completamente estéril porque el siniestro lugar estaba vacío.

Flash había conseguido su propósito de volver al rancho y estaba ocupando la habitación de Sharp. Tendido en la cama de éste, gemía de vez en cuando para engañar a sus enemigos. De súbito se abrió la puerta y Flash lanzó un grito de dolor, que cortó al saber que Frankie y Betsy eran los recién aparecidos.

—Flash, ¿has averiguado algo?—preguntó Frankie.

—No he podido hacer nada—dijo el vaquero, sentándose en el lecho—. Siempre había alguien acompañándome.

—¿Crees que esos sabios han tenido que ver algo con el asesinato de papá?

—No lo sé... Desde luego, demostraron mucho interés en acusarme.

—Y estaban muy ansiosos de que el sheriff usara su avión y te diera caza—le hizo observar Betsy.

Un rumor de pasos que se aproximaban a la habitación hizo exclamar a Flash:

—Escondéos... De prisa.

Los dos hermanos entraron en el cuarto rópero y se arrodillaron entre las maletas. Habían procedido con oportunidad, porque casi al unísono se presentaban los supuestos sabios en el dormitorio. Saunders, preguntándole si se encontraba mejor, quiso quitarle el pañuelo de la cara, pero Flash lanzó un alarido y el profesor tuvo que desistir de hacerlo.

—¿Se ha fijado usted bien en esos finetes de aspecto extraño?—dijo Beetson.

Flash pronunció unas palabras ininteligibles, y Beetson prosiguió:

—De todos modos le agradecerá saber que han capturado a Flash Gordon.

—Parece increíble...—suspiró Saunders—. Descendientes de una de las tribus perdidas de Mu, viven en un mundo subterráneo. Calcule la fama y la riqueza que tendremos al encontrarlos...

Se oyó un ruido alarmante en el cuarto ropero. Frankie había derribado sin querer una maleta. Mientras los «sabios» se acercaban al cuartito pistola en mano, los muchachos se escondieron en una voluminosa maleta y no fueron encontrados.

Las palabras de despedida de Saunders fueron:

—Ahora que ha vuelto el sheriff al rancho, vamos al cuarto y hagamos desaparecer la carabina.

Cuando la puerta se cerró tras los malvados exploradores, Frankie y Betsy salieron de su escondite con la indignación pintada en el rostro.

—Lo hemos oído todo—murmuró Betsy.

—Y vamos a buscar la carabina—dijo Frankie con decisión.

—Será la misma con que mataron a tu padre—afirmó Flash—
Daos prisa. Yo les haré volver aquí.

Flash aguardó a que los dos muchachos se hubieran ido; entonces exhaló un fuerte grito y se frotó los ojos, agitando desesperado en la cama, aunque procurando que el pañuelo que le tapaba la cara no se apartase de la misma.

—¡Es Sharp!—se alarmó Beetson, precipitándose a la habitación.

Los criminales rodearon al supuesto Sharp, que no cesaba de moverse y de chillar, haciendo incomprensibles gestos.

—¿Qué pasa, Sharp?—investigó Beetson.

—Ruido, ruido...—contestó Flash con voz ahogada.

Y su mano izquierda señaló el cuarto ropero, hacia el que avanzaron con las armas empuñadas los componente de la siniestra expedición.

Entretanto, Frankie y Betsy registraban la habitación de los profesores, sin resultado positivo, hasta que Betsy tuvo la ocurrencia de escudriñar en la cama. En el borde de la misma, bajo

el colchón, encontraron la carabina que había servido para arrebatarse la vida a su padre.

—Aquí está—avisó a su hermano—. Me parece que debe de ser ésta.

—Tal vez... Es la única que hay en el cuarto.

Y abandonaron la alcoba, llevándose su precioso botín.

Los profesores habían acabado de escudriñar cuidadosamente el cuarto ropero con éxito negativo y se acercaron a la cama, donde Flash ya reposaba tranquilo.

—No hay nada aquí dentro—refunfuñó Saunders—. Me parece que está loco.

—Noto algo raro en todo—exclamó Cooper.

—No es nada—le aseguró Beetson—. Ese hombre se ha vuelto loco... Vamos.

Y cambiando comentarios, nada halagadores, sobre el estado mental del fingido Sharp, regresaron a su alcoba.

El sheriff, procedente de la casa, fué hacia su automóvil, en cuyas entrañas estaba manipulando el gordinflón Oscar, a quien dió un golpe en la espalda, consumido por la impaciencia.

—¿Ya están listos esos frenos? ¿Están listos?—repitió.

—Todavía no—replicó Oscar—. Acabo de aflojarlos.

El sheriff se paseó agitado junto al coche. Le molestaba la idea de que Flash se le había escapado de las manos, con lo que su prestigio quedaba muy mal parado. Aquel contratiempo del coche le sacaba de sus casillas, porque le impedía reanudar inmediatamente sus pesquisas.

Estaba sumido en estos desagradables pensamientos, cuando alguien le llamó desde el porche.

—Sheriff, encontré el arma con que mataron a mi padre.

Frankie se le aproximó corriendo, acompañado de su inseparable Betsy. La noticia sobresaltó al sheriff.

—¿Eh? Espera un poco.

Frankie había voceado imprudentemente su hallazgo. Beetson y los suyos, al oír el grito, corrieron a la ventana desenfundando sus pistolas y dispuestos a emplearlas para mantener oculto su crimen.

—Sheriff, acaban...—comenzó a decir Beetson.

Pero el sheriff, que ya tenía la carabina entre las manos, contentísimo de poseer una prueba tan importante, le ordenó:

—Espere un momento, profesor.

—Compruébalo — instó Frankie al sheriff—. Apuesto que la bala que mató a mi padre era de este calibre.

El sheriff abrió el cerrojo del arma e introdujo en la recámara el casquillo del proyectil empleado para cometer el asesinato. Coincidió perfectamente.

—Por el número sabremos quién la compró—le indicó Betsy.

—Tienes razón—dijo el sheriff—. Iré a la población y comprobaré todo, en cuanto estén listos los frenos.

—Gracias.

—¿Dónde la encontró?

Frankie le iba a responder. Su vida pendía de un cabello, porque Beetson, determinado a silenciar a todos los que se opusieran a sus aviesos designios, levantaba su pistola y encañonaba al muchacho.

Pero la Providencia jamás abandona a los inocentes, y una vez más se demostró esta verdad. Iba a abrir la boca Frankie y el profesor a apretar el gatillo de su arma, cuando resonó un grito en el campo inmediato al rancho.

—¡Sheriff! ¡Profesor!

Los aludidos miraron al lugar de donde procedía la voz. Vieron a un hombre que corría tambaleándose a cada paso, con señales de gran agotamiento. El profesor y sus compinches bajaron inmediatamente al patio. Al estar el recién aparecido más cerca, Beetson exclamó:

—¡Es Sharp!

Y en seguida todos se formularon una pregunta, que Saunders se encargó de expresar oralmente:

—Entonces, ¿quién está arriba?

—Es Flash—adivinó Beetson—. Venga, sheriff.

Quitó a éste la carabina y se la entregó a Cooper, entrando a renglón seguido todos en la casa.

Flash había escuchado la conversación y visto la llegada de

Sharp desde la ventana. La trampa volvía a cerrarse en torno suyo. Y obró inmediatamente. Saltó desde la ventana al techo del pórtico y desde allí al suelo. Tres de las cuatro personas que quedaban junto al coche —Frankie, Betsy y Oscar— le eran leales. Sólo había una, Sharp, capaz de impedir su fuga...

Sin dudar ni un segundo, Flash avanzó hacia este último, pero un directo de su enemigo, a quien envió rodando por el suelo de un estupendo gancho. Después ocupó el volante del automóvil y se alejó del rancho como una centella.

—¡Eh, cuidado, que no lleva frenos!—le gritó Oscar.

—Se matará en cuanto llegue a la pendiente—dijo el sheriff—. Los frenos no funcionan.

—Se matará en el desfiladero del Coyote—supuso Frankie.

—Por el atajo podemos salvarle—aseguró Betsy.

Y, mientras el sheriff y los profesores se sentaban en otro automóvil y desaparecían, Frankie y Betsy volaron al auxilio de Flash, con los miembros de su club, chillando su lema: ¡Al corral!

Las predicciones del sheriff estaban a punto de cumplirse, pues Flash, dándose cuenta de la persecución, apretó el acelerador y tomó las curvas a una velocidad vertiginosa. Al llegar al desfiladero del Coyote llevaba bastante ventaja a sus perseguidores, quiso frenar...

Puesto que los frenos no respondían, sólo podía hacer una cosa. Y saltó del automóvil, en el momento en que las ruedas de éste patinaban en el borde del abismo, despeñándose por él.

El vehículo empezó a arder. Cuando llegaron el sheriff y los profesores era una gigantesca pira.

Por toda oración fúnebre, el sheriff dijo:

—No deben quedar ni los restos de Flash Gordon. Volveré al pueblo a hacer un informe para el forense.

MURANIA SE DISPONE A ATACAR

La reina entró en la sala del trono, anunciada por la voz de un mayordomo y precedida por el enorme sonido del gong. Se sentó en su solio y contempló a los hombres que esperaban que hablase al pie de los peldaños del trono.

Algo había sufrido un cambio sutil en Murania, y prueba de ello era que los soldados, que corrientemente montaban guardia junto a la reina, habían sido substituidos por «robots», armados con anchas espadas.

—¿Es cierto lo que asegura su informe?—preguntó la reina a un oficial, una vez se hubo apagado la vibración del gong.

—Sí, Majestad.

—Es decir, que, por lo visto, mi policía secreta es tan incapaz que no puede encontrar a una persona tan importante como el gran canciller del reino.

El acento de Su Majestad era amenazador. Todos temblaron, especialmente el oficial encargado de la investigación, quien contestó atropelladamente:

—Los mensajeros han registrado todos los lugares, pero no han tenido éxito.

—¿Mensajeros?—exclamó la reina—. ¿No ha probado la televisión?

—No, Majestad—tartamudeó, espantado, el oficial.

—¡Imbécil!—gritó la reina, incorporándose—. Es menos inteligente que un hombre de superficie... Ha terminado el consejo.

La reina se encaminó a la sala de mando.

Flash, habiéndose recobrado del choque recibido al abandonar el automóvil, se reunió a los hermanos Baxter y a sus jinetes y, emboscados, vieron regresar al rancho al sheriff y sus auxiliares.

Una vez libres para actuar, saltaron los chiquillos a sus caballos, y Frankie propuso:

—Tremos al lugar del accidente y buscaremos la carabina.

—Lo que quede de ella, después de la explosión, no nos serviría para nada—contestó Flash, creyendo que el arma estaba en el auto.

—Y, ¿cómo vas a probar que no has matado a mi padre?

—No lo sé—replicó Flash, preocupado—. Pero, desde ahora, hemos de prepararnos para la siguiente emisión. Si no estamos allí a las dos, perderemos el rancho de la Radio.

—Si te presentas en el rancho, van a detenerte — exclamó Betsy.

—No te preocupes por mí, que yo estaré allí—le tranquilizó Flash, y dijo a Frankie—: Tú arregla un micrófono de mando a distancia en tu laboratorio.

Dichas estas palabras, se apartó de sus amigos, encaminándose a pie hacia el rancho, seguro de que su fértil ingenio no le abandonaría y que podría llegar al rancho sin ser visto.

Así que estuvieron a alguna distancia del vaquero, Frankie detuvo con un gesto la carrera de los componentes de su club, a los que advirtió con gran seriedad:

—Bien, como presidente del Club de los Jinetes del Trueno, os pido que guardéis el secreto y no digáis a nadie que Flash ha vuelto al rancho para la emisión.

—Pero es un fugitivo — protestó alguien—. Avisaremos al sheriff.

Todos se mostraron conformes con estas palabras. La indisciplina hizo fruncir el ceño a Frankie.

—El no fué el asesino—aseguró—. ¿Cómo podría encontrar al verdadero culpable, estando en la cárcel?

—¿Y no dicen nuestros estatutos que debemos ayudar a los que se encuentren en apuros?—terció Betsy.

La autoridad de los hermanos Baxter sobre sus subordinados era muy grande. Por consiguiente, ante tales argumentos y el hecho de que los hermanos no dudaban en intervenir en favor de Flash, los jinetes del Trueno ya no vacilaron.



Sonaron unas raras señales que centan intrigado a Frankie.



Los tres amigos treparon a la rama de un árbol.



Los miranios cesaron de
buscar a su enemigo.



—¡Qué mundo tan loco!



La reina de Mirania.



Extrajeron del interior
del avión al sheriff.



En Murania y en la sala
de mando...



—Llegas a tiempo— le
informó Frankie.



— Disparen inmediatamente un torpedo aéreo...



Quiso la casualidad que Cooper les llamara la atención sobre el alambre.



Cuando la corriente de
dos mil voltios culbrevó...



—Los Jinetes del Trueno
nos han salvado la piel—
exclamó Flash.



Flash, Frankie y Betsy
corrian agachados por el
pasadizo.



Flash se lanzó sobre él...



Comenzó a realizarse el milagro científico.



La reina, oyendo que Flash los llamaba, se rió burlescamente.

—Me parece que tienes razón—confesó el que había protestado— ¿Hay más objeciones?

Un grito general respondió que no las había. Pero Frankie para prevenir cualquier involuntaria indiscreción, les ordenó:

—Entonces, levantad la mano y repetid conmigo... Yo, miembro del Club Juvenil de Jinetes del Trueno, prometo acatar nuestros estatutos y ayudar a Flash Gordon que se halla en apuro; y no decir a nadie que vuelve al rancho con objeto de dar una emisión secreta.

Todos pronunciaron este juramento con gran solemnidad, hecho lo cual galoparon hacia el rancho.

Media hora más tarde, Frankie ascendía a su laboratorio por medio de la escala de cuerda secreta y entraba en él, donde encontró a Betsy revuolviendo sus adorados instrumentos de radio y los delicados objetos con los que un día se proponía hacerse famoso.

—Deja de enredar eso. ¿Por qué no me ayudas a preparar la emisión?

—Me parece que le será muy difícil a Flash hacer esta emisión sin que le cojan.

Frankie no hizo caso de este comentario, porque pensaba de una manera muy distinta de su hermana y además estaba enardecido por el trabajo. Empalmó varios alambres a un micrófono, que conectó con un altavoz. Satisfecho del resultado, se sentó en una silla, ante la mesa, para hacer una delicada operación mecánica. Luego, contestando a las palabras de su hermana, dijo:

—Si llegasen a oírle los de arriba, no sabrían desde donde canta. Mi laboratorio está hecho a prueba de sonidos... Ponte al micrófono, que voy a hacer una prueba.

—Pero ¿no me oirán en el rancho?

—No, el mando a distancia no está conectado. Anda ya.

Betsy obedeció, aproximándose al micrófono. Frankie se puso unos auriculares y movió las clavijas de un aparato de radio.

—Aquí Betsy Baxter al habla, haciendo la prueba del mando a distancia. Uno, dos, tres...

Siguió contando hasta que Frankie lanzó una exclamación de contrariedad.

—No, no va bien. La misma interferencia de la semana pasada —y gritó de pronto—: ¡Mira!... El detector de dirección señala hacia abajo... Debe venir del centro de la tierra... Oye, Betsy, debe de haber gente que vive debajo de nosotros, como ¡ei un día en un libro.

Y los hermanos Baxter se dedicaron a meditar esta posibilidad.

La reina de Murania no encontraba a Argis, porque éste estaba en la sala de armamento, con una mascarilla de respiración tapándole la cara, dando órdenes a Suma.

Un «robot», andando pesadamente, llevaba en brazos un torpedo gigantesco como si se tratase de una pluma. Argo, que se consumía de ansiedad, porque estaba desobedeciendo las órdenes reales, mandó:

—Pronto; ese torpedo... Queremos destruir el rancho de la Radio antes de que destruyan a Murania.

Suma empezó los preparativos necesarios para el disparo.

Los músicos y el empresario de Flash estaban desesperados por la ausencia de éste. El ingeniero de sonido se negaba a comenzar la retransmisión sin Gorden; pero, finalmente, hubo de ceder a las instancias de los músicos, que esperaban una intervención milagrosa en su favor.

Los profesores habían contemplado burlescamente la consternación de los músicos. Flash no se presentaría, porque había muerto. Ya podían obrar a sus anchas.

—Mírenlos—se rió Beetson—. Aun creen que Gorden puede llegar a tiempo para salvar el contrato.

—Será mejor recoger nuestro equipo ahora —indicó Saunders—. Cuanto más pronto encontremos ese mundo subterráneo, más pronto descubriremos el uranio y entonces podremos ser ricos.

—Que alisten los cabellos—mandó Beetson.

Mientras en el rancho unos se desesperaban y otros se regocijaban de la ausencia de Flash, en Murania, y desde la sala de mando, la reina se encargaba personalmente de la búsqueda de su gran canciller. El gran aparato de televisión universal le pre-

sentaba diferentes aspectos de su imperio, por lo cual su amor de reina se encendió, haciéndole proferir:

—¡Mi Murania!... ¡Cuánto mejor vivimos aquí que en la superficie. Hombres mecánicos ejecutan los trabajos rudos...

Se interrumpió al notar que la pantalla reflejaba al oficial destinado a encontrar el paradero de Argo. Hablaba con un grupo de soldados. La reina hizo que el operario diese marcha al sonido.

—Ustedes quedarán a las órdenes del senescal del reino—decía el oficial— en calidad de policía secreta. Han de encontrar al gran canciller inmediatamente.

Argo estaba todavía en la cúspide de la colina con Suma, ultimando los preparativos para disparar el torpedo.

—¿Está seguro de que con ese torpedo radioactivo destruiremos completamente el rancho de la Radio?

—Sí, gran canciller, y cien comunidades como ésa—aseguró Suma.

Argo se frotó las manos muy contento, en tanto que decía:

—Bien, mientras estén ocupados con la emisión, volarán al espacio atomizados y terminaremos con el rancho de la Radio de una vez y para siempre.

Suma empezó a localizar por medio de su periscopio televisor el objetivo del horrible proyectil.

EL PASADIZO MORTAL

Otro periscopio escrutaba los contornos del rancho con gran ansiedad. Pertenecía a Frankie, quien, desde su laboratorio, intentaba descubrir la presencia de Flash. Pero su vigilancia resultaba vana. No había indicios del vaquero. Únicamente vió un gran carro cargado de paja que se dirigía al pajar.

—¿No ves aún a Flash?—preguntó Betsy.

—Todavía no.

—Déjame ver—rogó Betsy, ocupando el sitio del periscopio.

Pero Flash estaba más próximo de lo que sospechaban. Iba en el carro de paja, completamente enterrado en ésta, sacando de vez en cuando la cabeza para lanzar una ojeada a lo que le rodeaba.

Finalmente, el carro se detuvo ante el granero y los carreteros bajaron de él, yendo en busca de los aperos necesarios para empezar la descarga. Flash desaprovechó incomprensiblemente la ocasión, pues cuando quiso escabullirse ya era tarde. Tenía que esperar otro momento propicio.

La reina había localizado a su gran canciller en la sala de armas, en el instante en que Argo se decidía a dar la voz de disparar. El aviso del aparato de televisión le hizo retrasar sus propósitos, para acudir a contestar.

—Canciller, ¿por qué no ha obedecido la orden de su reina? Explíquese—indicó altivamente la soberana.

—Así lo haré, Majestad—contestó Argo sin perder su sangre fría—. Su pueblo está intranquilo y presa de pánico al pensar que Flash Gordon y los del rancho de la Radio puedan descubrir nuestro mundo o implanten aquí la locura que consume a los hombres de superficie. Permitame Su Majestad destruirlos antes de que sea demasiado tarde.

—Yo soy quien decidirá el método y la hora—gritó iracunda la reina—. Ordeno que venga inmediatamente o uno de los «robots» le traerá cargado de cadenas.

La cara de Argo se contrajo de temor y de rabia bajo la mascarilla, al verse tratado tan despóticamente, pero respondió con humildad:

—Obedeceré, Majestad. Cuando los hombres de superficie descubran la entrada secreta de Murania, la reina Tika se arrepentirá de no haberme permitido destruir el rancho de la Radio con ese torpedo.

Cortó la comunicación y entró en el ascensor de mala gana.

Oscar y Pete, pues ellos eran los conductores del carro de la paja, empezaron a descargar ésta. Estando a punto de finalizar su tarea, las puntas de la horca de Pete se clavaron en el cuerpo

de Flash, que saltó de su escondrijo con un gemido de dolor, ahuyentando, asustados, a los infelices vaqueros.

Flash se metió en el granero, pulsó el resorte de la escala de cuerda y se presentó en el laboratorio de Frankie, pillando de sorpresa a sus dos juveniles ocupantes, que le abrazaron con cariño.

—Llegas a tiempo todavía—le informó Frankie.

—¿Está todo conectado?—investigó Flash.

—Y a punto—respondió Frankie—. En cuanto el cuarteto termine, te pondré al habla.

Frankie, sujetando unos auriculares a sus oídos y haciendo señas a Betsy para que se apostase a vigilar desde la ventana, hizo funcionar su instalación. Flash, sentado al micrófono, con una guitarra entre las manos, esperó el momento de principiar su parte.

La voz del locutor resonó en el laboratorio, diciendo:

—Señoras y caballeros ruidicoyentes, señifimos anunciarles que Flash Gordon no podrá...

Frankie movió una clavija y la voz del propio Flash Gordon sonó en el aparato que servía al ingeniero de sonido para estudiar la retransmisión.

—Aquí estoy, amigos... Habla Flash Gordon. Hoy voy a cantarles una canción de mi repertorio.

La sorpresa de sus músicos se cambió inmediatamente en alegría y acompañaron la canción de Flash con sus instrumentos.

La resurrección de Flash originó una conmoción en el cuarto de los profesores. Todos se precipitaron hacia la ventana. El micrófono no era empleado por Flash. Los bandidos estaban aturullados. Beetson se encaró con Saunders y le acusó:

—Es la voz de Flash, Usted me dijo que había muerto... No cantará un fantasma.

—Le dije que el sheriff telefoneó...—protestó Saunders.

La incredulidad de sus amigos era evidente. Cooper se burló:

—El informe me pareció algo exagerado.

Saunders crispó los puños, pero no dijo nada. Beetson, comprendiendo la inutilidad de recriminarse mutuamente y de seguir discutiendo acerca de un hecho plenamente real, opinó que lo

mejor era proceder sin dilaciones. Y así lo anunció a sus subordinados:

—Hemos de encontrarle.

Descendieron al patio del rancho y se mezclaron con los espectadores. Beetson, aproximándose al más calificado de ellos, exclamó enérgicamente:

—Hay que capturarlo. Asesinó a Tom Baxter.

—Pero ¿dónde está?—preguntó el hombre a quien se había referido—. No está al micrófono.

—No estará muy lejos y tenemos que buscarle.

Ninguno prestó atención a esa sugerencia y los profesores emprendieron la búsqueda por su propia cuenta. Recorrieron todos los contornos del rancho sin fruto, y ya se iban a entregar a la desesperación, cuando quiso la casualidad que Cooper les llamara la atención sobre el alambre, que establecía la comunicación entre el micrófono del granero y el del patio del rancho.

De momento se quedaron perplejos palpando el hilo con la mano. Pero luego todas las miradas siguieron la dirección de las de Cooper, o sea a ambos extremos del hilo. Sólo había una conclusión posible.

—¿Este hilo conduce al granero?

En este sitio Flash cantaba las últimas estrofas de su pieza musical. Betsy, que continuaba a la ventana, hizo una seña a Frankie, que imitaba los diferentes sonidos de un rancho, tales como el mugido de una vaca, el patear de un caballo, etc., con todos los objetos que le venían a mano. El muchacho soltó dos tazas y se reunió con su hermana.

—Ahora parece que encontraron el hilo del micrófono y vienen hacia aquí—le avisó ésta.

Frankie hizo un guiño a Flash, que seguía sus evoluciones con los ojos, y atrancó la puerta con un barrote de madera, murmurando:

—Espero que termine la canción antes de que rompan la puerta.

Afortunadamente Flash no tardó mucho en concluir. Los profesores estaban a escasos metros del granero.

—Salgamos de aquí antes de que te cojan—dijo Frankie.

—Y llevaremos todo el equipaje. Tenemos que dar mañana la emisión.

Dichas estas palabras, Flash, Betsy y Frankie hicieron acopio de cuantos objetos habrían de disponer con aquel fin: micrófono, alambres, amplificadores, etc. Frankie les dejó solos un momento para atrancar la entrada principal del Club de los Jinetes del Trueno.

Por lo tanto, cuando llegaron los profesores se quedaron consternados. Flash Gordon sabía que se proponían capturarlo. Arremetieron febrilmente contra la hoja de madera, que resistió incólume la embestida de sus hombros.

—¡Que alguien traiga un tronco!—chilló Cooper.

Mientras buscaban el tronco, hubieron de esperar, de aquí que los tres amigos tuvieran el tiempo necesario para escabullirse. Habían recogido cuanto querían y se disponían a bajar al piso inferior, cuando Flash recordó:

—Lleva la pólvora para los efectos de sonido.

Frankie cogió un saco de bastante volumen de este explosivo y descendieron por la escalera de cuerda, pasando a continuación a la salida, disimulada por un panel de madera semejante al tabique. Ninguno de los tres se percató de que el saco tenía un agujero, del que brotaba un reguero de pólvora capaz de detonarlos.

Finalmente, cedió la puerta bajo el tronco movido por los profesores, que entraron con la mayoría de los huéspedes del rancho en la sala del club.

—Se han ido—dijo Beetson, mirando la habitación vacía.

—Han desaparecido por el aire—se sorprendió Cooper.

Pero aquello no era un milagro para los miembros del club. Significaba que Flash y los hermanos Baxter habían utilizado la salida secreta. De repente, Beetson descubrió el reguero de pólvora y aplicó a él la punta de su cigarrillo encendido. La pólvora empezó a arder, desapareciendo por la pared que ocultaba el subterráneo.

Los miembros del club se quedaron horrorizados, pues sabían

que la puerta exterior del pasadizo estaba cerrada. Había que obrar de prisa si querían salvar a Flash y a los hermanos Baxter, y se lanzaron siniestramente...

Flash, Frankie y Betsy corrían agachados por el pasadizo. El fuego avanzaba por el reguero de pólvora a una velocidad inverosímil. Frankie percibió de pronto el chisporroteo y el humo acre de la pólvora incendiada y lanzó un grito de aviso, soltando el saco.

La llama estaba a dos metros de ellos. Saltaron hacia la puerta exterior, huyendo del saco. Sólo un metro separaba el fuego del saco, medio metro, treinta centímetros y... ¡La puerta estaba cerrada! Resistía los vigorosos esfuerzos de Flash para abrirla. Un sudor angustioso perlaba la frente de los tres condenados a muerte...

Veinte centímetros, quince... De pronto...

LOS JINETES DEL TRUENO

De pronto, la puerta del pasadizo se abrió y los tres amigos se lanzaron al exterior, perseguidos por una detonación horrible, cuyos ecos se propagaron por los contornos. La puerta saltó en pedazos y una espesa humareda rodeó a salvadores y salvados.

—Los Jinetes del Trueno nos han salvado la piel—exclamó Flash.

En efecto, los miembros del club habían acudido en el preciso instante. Rodearon a sus jefes y el subalterno de Frankie quiso saber:

—¿Qué les ha pasado?

—Te lo diremos después—le prometió Frankie.

—Hemos de buscar la manera de dar la emisión mañana—avisó Flash.

—Si no la damos, perderemos el contrato—dijo Frankie.

—Y también el rancho de la Radio—añadió Betsy.

Por segunda vez, en pocos minutos, el subalterno de Frankie dió pruebas de gran capacidad para sustituirle, pues repuso:

—Vamos al Casino secreto del Cañón del Trueno.

—Bien—le felicitó Flash, dándole una palmada en la espalda—. ¿Y cómo llevamos el equipo allí?

—Los jinetes del Trueno se ocuparán de eso—afirmó Frankie—. Lo difícil ahora es librarte de esos tipos.

Estas palabras resultaron proféticas. Beetson y los suyos salían del granero para ir al pasadizo en busca de los cuerpos de Flash y sus amigos, a los que suponían destrozados. Viendo al grupo de muchachos, sobre el que sobresalía la cabeza de Flash, Cooper gritó:

—Venid todos.

Este grito y el sonido de botas de hombres que corrían en tropel en su dirección, puso alerta a Frankie, quien, mirando hacia la parte de que procedían, dijo:

—Ya te han descubierto. Vamos.

En un abrir y cerrar de ojos estuvieron montados a caballo y se alejaron precipitadamente del rancho, galopando en sentido contrario al de los profesores. Estos, al detenerse junto a la entrada del pasadizo, se mordieron los labios contrariados.

—Es un criminal. No hay que dejarlo escapar—advirtió Beetson.

Esta frase animó a los vaqueros del rancho, que fueron a ensillar sus corceles. Su capataz comunicó a Beetson, antes de apartarse de él:

—Llamaré al sheriff.

Así que estuvieron a solas, Beetson dijo, dando un significativo golpecito a su pistolera:

—Gordon es un fugitivo de la justicia y no creo que nadie nos culpe..., si le matamos.

Pronto descubrió Flash la desventaja que para su huida supo-

nía el hecho de llevar una escolta tan numerosa. Las huellas que dejaba eran muy visibles y era casi imposible desorientar a sus perseguidores. Pero el agradecimiento le impedía defraudar a sus incondicionales auxiliares.

No obstante, como los profesores y los vaqueros casi les pisaban los talones, hubo de tomar una determinación. Frenó su cabalgadura en una curva del camino y dijo a Frankie:

—Llevadlos cerca de esos caballos. Yo les despistaré.

Frankie obedeció prestamente; bajó de su caballo, lo guió a una depresión del terreno y le hizo tumbarse en el suelo, donde le acarició para que no resoplase. Betsy y los miembros del club hicieron lo mismo y los profesores y vaqueros pasaron por su lado sin verlos.

Flash se les apareció a distancia y se reanudó la persecución. Durante la veloz carrera subieron y bajaron por las laderas de las colinas, saltaron zanjas, haciendo toda clase de proezas ecuestres. Cuando Flash estimó que sus auxiliares estaban a salvo, se dijo que había llegado el momento de que pensase en sí mismo.

Calopó durante algunos minutos más y luego desmontó detrás de un corpulento árbol, junto al que pacían algunos caballos. Quitó la silla de montar al suyo y le mandó reunirse a sus compañeros de especie, cosa que el inteligente animal hizo inmediatamente.

Desde el árbol Flash vió pasar como una exhalación al grupo de jinetes, ninguno de los cuales prestó atención a los caballos sueítos. Después, sonriendo burlonamente, silbó a su caballo y se encaminó tranquilamente hacia el Cañón del Trueno.

Sus perseguidores hubieron, por último, de hacer alto, intrigados por aquella serie de súbitas e inexplicables pérdidas de víctimas.

—Es incomprensible que hayan desaparecido de repente—protestó Beetson.

—Se habrán metido por algún agujero—contestó Cooper.

Y no les quedó otro remedio que regresar.

El club estaba reunido en pleno en la sala de sesiones a la vuelta de los profesores. Si hubieran sabido éstos que se trataba

por los muchachos de ayudar a Flash, no hubieran vacilado en emplear los peores medios para asistir a la discusión. Los miembros del club estaban convenciendo a Oscar y a Pete de que hablan de prestarles su apoyo para trasladar a la cabaña del Cañón del Trueno los instrumentos necesarios para la emisión del día siguiente.

La presencia de Flash en la cabaña mencionada había sido descubierta por la reina de Murania con el gran aparato de televisión de la sala de mando. Argo compartió su opinión de que debían apresar a Flash para cortar de una vez el peligro que su persona suponía para Murania. Así, pues, la reina se puso en comunicación con el cuartel general de la Guardia del Trueno.

—Teniente—dijo, cuando el jefe de la misma respondió a su llamada—, Flash Gordon se halla en una cabaña del Cañón del Trueno. Vaya con sus jinetes y capturele. Recuerde que, si fracasa, pone en peligro a Murania... Le va en ello la vida. ¿Lo entiende?

—Sí, Majestad—contestó el teniente, preparándose a marchar.

—Un momento, teniente—dijo la reina—, y verá la situación de la cabaña con exactitud —y agregó, para el operario de los aparatos —. Retransmita ahora a la pantalla de la Guardia del Trueno.

Mientras el teniente se informaba de la situación de la cabaña y daba la señal de partir, Frankie y Betsy habían llegado a la cabaña del Cañón del Trueno. Entraron en ella con suma cautela y se sorprendieron enormemente al verla vacía. De repente se movió una puerta y un hombre se abalanzó sobre ellos empuñando una pistola...

—¡Flash!—gritó Frankie.

—¡Qué susto nos has dado!—suspiró, aliviada, Betsy. Flash enfundó su pistola y los miró con afecto.

—¿Dónde está el equipo de radio?—preguntó.

—Pete y Oscar lo traerán ahora—le respondió Frankie.

—¿Pete y Oscar?—se extrañó Flash.

—Sí, los hemos nombrado miembros honorarios de nuestro club.

Las últimas palabras de Frankie casi resultaron ininteligibles a causa del trueno que indicaba la salida de la Guardia de Murania. Los hermanos Baxter y Flash corrieron hacia la ventana, por donde contemplaron la aparición de un caballo...

—¡Los Jinetes del Trueno!—exclamó Frankie, palideciendo.

EN EL IMPERIO FANTASMA

—Vienen hacia aquí. Escondéos—murmuró Flash.

Frankie y Betsy le obedecieron, pasando a un cuarto interior, y Flash se quedó cerca de la puerta para defenderlos en caso de peligro.

El trueno cesó de rugir al frenar los muranios sus caballos ante la cabaña. El teniente iba a saltar de la silla, cuando el encargado del aparato de televisión oyó una llamada. Se puso al habla con la sala de mando; después cortó la comunicación.

—Más hombres de superficie se acercan—avisó al teniente.

—No podemos permitir que nadie interrumpa nuestra misión—dijo el teniente—. Perseguidlos.

Sus hombres se lanzaron hacia la salida del cañón; por su parte, el teniente echó pie a tierra y abrió la puerta de la cabaña...

Los hombres descubiertos por la reina de Murania eran Oscar y Pete, que conducían en un carro los aparatos imprescindibles para la emisión. El trueno producido por la Guardia de Murania hizo levantar a Pete para consultar el cielo.

—No hay nubes—dijo.

—Pues es un trueno—replicó Oscar.

Al ver a los muranios corriendo en su dirección, hicieron dar la vuelta a los caballos y pusieron los pies en polvorosa, sin pre-

ocuparse de seguir el camino. A una velocidad inverosímil pasaron junto al automóvil de los profesores, que, asombrados de aquella conducta, miraron hacia el lugar en que aparecían los muranos.

—Los Jinetes del Trueno—exclamó Saunders, asustado.

—Pueden traernos disgustos—dijo Cooper, prudentemente—. Será mejor regresar.

—¿Cuando ya tenemos a Flash en nuestras manos?—preguntó Beeton—. ¡No!... No vamos a permitirles que nos hagan correr.

Los muranos cargaron contra el coche, cuyos ocupantes les recibieron con una nutrida descarga de pistolas y carabinas. Sorprendidos por la vigorosa resistencia de los profesores, los soldados se escaparon como una bandada de golondrinas...

En el entretanto, el teniente había entrado en la cabaña. Flash se lanzó sobre él y le derribó al suelo de un certero directo. Pero el muranio se rehizo, hubo un rápido cambio de golpes, durante el que ambos luchadores no consiguieron ventaja, y, finalmente, Flash acorraló a su adversario contra la pared, donde, moviendo sus brazos con la precisión y energía de émbolos, hizo caer al muranio sin sentido, recogiendo la espada que éste había querido emplear.

Frankie y Betsy salieron de su escondrijo a una voz de aviso de Flash, que estaba desnudando al teniente.

—De prisa. Ayudadme a cambiar de vestido con ese tipo—les susurró—. Es la única forma de salvarnos de los otros.

—¿Y si te descubren?—exclamó Frankie.

—No lo harán. Los llevaré lejos y luego volveré a buscarlos. No le dejéis escapar.

Flash estaba irreconocible con la mascarilla, el casco y el uniforme del teniente. Frankie y Betsy encerraron al muranio en una habitación y Flash salió al encuentro de los componentes de la Guardia que hacía un instante que había llegado. Apareció ante ellos, tambaleándose como si hubiera sido herido. Reinó un silencio glacial, que fué roto por el lugarteniente del oficial capturado, al decir:

—¿Dónde está Flash Gordon?

—Se ha escapado—contestó Flash con voz sorda.

—Auxiliaremos al teniente—dijo su subalterno con ironía—. La reina tendría un gran disgusto si no lo llevásemos para su castigo.

Le cogieron de los brazos dos soldados y le hicieron montar en el caballo del teniente, poniéndose en marcha.

Frankie y Betsy habían presenciado esta escena y escuchado el diálogo desde la vetana. ¿Qué ocurriría si Flash no podía escapar? Indudablemente lo llevarían a su reino subterráneo. Flash tuvo el mismo pensamiento, al detenerse los caballos delante de la entrada de la galería superior de Murania, e intentó huir, aunque sin éxito.

—No le censuro, teniente Pol, por querer escapar de la suerte que le espero—dijo su subalterno.

Una vez en la galería, les comunicaron que la reina les ordenaba comparecer inmediatamente. Sin resistirse, fascinado por el fantástico aspecto del imperio subterráneo, Flash bajó en el ascensor, aceptando su suerte con gran sangre fría, que maravillaba a sus guardianes.

—¿Por qué no se quita el casco y respira el aire verdadero? —le preguntó el oficial subalterno—. Ya lo entiendo: a un hombre deshonrado le avergüenza que le vean la cara.

Cruzaron diversas calles de Murania en penetración en el palacio real. La reina, sentada en su trono, hervía de furor, que no tardó en descargar sobre su supuesto teniente. Poniéndose en pie, exclamó:

—¿Acaso porque sólo tiene una vida que perder se atreve a insultarme en mi sala del trono?

—Es que...—dijo Flash, a través de la mascarilla.

—¿Se atreve a llevar el casco de oxígeno en mi presencia? —continuó la reina.

—Sí, pero yo...—empezó a decir Flash, yéndose perdido.

—Fuera el casco—ordenó la reina secamente.

—Majestad, el teniente Pol no está en su juicio. Le ruego...

El oficial subordinado, mientras presentaba excusas en nombre de su fingido colega, le había quitado el casco. Y lanzó como los

demás un grito de asombro al ver la simpática cara de Flash, a quien en seguida rodearon unos soldados.

—Flash Gordon!... —gritó triunfalmente la reina—. ¡Un hombre de superficie en Murania!... Bienvenido... ¿Qué le parece nuestro mundo?

—Pues... creo que la humedad y el aire muerto de su país es más adecuado para ratas y para topes—contestó humorísticamente Flash.

—¿Sí?... Me interesa usted. Siga—le animó la reina.

—Mi oficio es cantar. Canto siempre al sol, a las praderas, a las estrellas... ¿Cómo podría cantar a estas cosas tan bellas aquí? El canto alegra los corazones.

Los ojos de la reina relampaguearon de admiración y hubo de decir:

—Ya veo que es un hombre valiente—y agregó, cambiando de tono—: Ya veremos también si es un hombre sabio. Venga conmigo.

La reina fué a la sala de mando con Argo y Flash, a quien vigilaban varios soldados. La soberana indicó al operario que pusiera en movimiento el gran aparato de televisión, que había en el centro de la estancia.

—Se ha referido a la luz del sol y a las praderas. Le demostraré que hay algo más importante que eso —y, enseñándole los adelantos de su ciudad, le preguntó—: Elevación por resistencia de radio. ¿Tienen algo semejante en el mundo? En Murania tenemos hombres mecánicos para todos los trabajos pesados. Mis súbditos se dedican a meditar o a perfeccionar su mente. Recree su vista—dijo, enseñándole a un pobre de la tierra, que comía con voracidad—. Pertenece a su mundo, no al nuestro. Ahí tiene amigos suyos; tal vez lleguen a ser mendigos.

La televisión le mostró a Frankie y a Betsy decidiendo en la cabaña regresar al laboratorio para averiguar algo con el detector de dirección. La reina, oyendo que Flash los llamaba, se rió burlescamente.

—Eso es. Hable con ellos—y le enseñó una habitación oscura—: La Cámara de la Muerte, que es donde estará dentro de

cinco minutos. Es el primer hombre de superficie que invade nuestro Imperio. Su conocimiento de Murania morirá con usted... Llévanselo.

Flash fué sacado de la sala de mando para ser conducido a la muerte. La reina se encaró con su gran canciller, a quien dijo:

—Mi querido canciller, puede aplicar personalmente el voltaje.

—Me honra Su Majestad.

Regresó uno de los soldados que habían custodiado a Flash y les comunicó que éste estaba en la Cámara de la Muerte. Todo estaba preparado. Argo conectó algunos enchufes, dió la vuelta a un reostato y, a una orden de la soberana, hizo girar el interruptor fatal.

Flash Gordon había sido ejecutado.

UN HEROE EN MURANIA

Pero Flash Gordon no había muerto, porque así convenía a los planes de Argo, el gran canciller. Los soldados encargados de llevar a Flash a la espantosa cámara formaban parte de la conspiración de Argo y habían recibido órdenes de éste.

Paseándose por la siniestra habitación, pisó una trampa practicada en el suelo de la misma, cayendo por un tobogán y yendo a parar a una estancia, iluminada por la luz que penetraba por unas ventanillas provistas de barrotes de hierro.

En cuanto se hubo recobrado del aturdimiento producido por las descargas eléctricas y el choque subsiguiente, Flash oyó una conversación en un cuarto inmediato, se acercó a una ventanilla abierta al nivel del suelo y escuchó.

Los que hablaban eran los partidarios de Argo, entre los que

se veía al capitán seducido por el gran canciller. Precisamente este capitán, que, como los demás presentes, llevaba una faja blanca, daba grandes muestras de impaciencia.

—¿Cuánto tiempo esperaremos aún el día de la revolución? —preguntaba.

—No sea impaciente —replicó un hombre de aspecto vigoroso—. El inteligente Argo nos salvó la vida para algún fin. Hemos de esperar.

—¿Esperar para qué? —siguió diciendo el capitán—. ¿No estamos preparados?

Casi todos los circunstantes parecían compartir esta opinión. Pero el hombre vigoroso meneó la cabeza en sentido negativo, señalando un complicado aparato que se alzaba en medio de la habitación.

—Aún no. Mi máquina desintegradora del átomo aun está en construcción. Cuando esté terminada será capaz de destruir el universo.

—¿Dónde están las armas manuales prometidas? —preguntó el capitán.

El personaje que defendía a Argo se abrió paso por el grupo y regresó poco después con un instrumento algo similar a una pistola ametralladora, que exhibió con aire orgulloso.

—He perfeccionado esta escopeta de litio del rayo X. Podrá cegar a cualquiera a quien se apunte con ella. Hace falta tiempo para construir más... Por ejemplo... —dijo, dirigiendo el arma hacia la ventana por donde Flash les espiaba.

La débil luz rojiza que emitió el fusil fue suficiente para que se distinguiesen las manos de Flash y lo descubriesen a los conspiradores.

—¿Quién es ése?

—Un espía. Capturémosle.

Abrieron la puerta de comunicación y entre todos se apoderaron de Flash, sin darle tiempo para defenderse. Después lo arrastraron al interior del cuartel general rebelde, donde el capitán gritó:

—¡Es Flash Gordon!

—Hay que matarle en seguida.

Iban a hacerlo cuando el inventor de la escopeta intervino:

—Un momento. Esperen... Algo ha salvado la vida a ese hombre de superficie igual que a nosotros. Pero con algún fin diferente.

—¿Por qué salvaría su vida el gran canciller?—se intrigó el capitán.

—Para la vivisección—respondió sin vacilar el inventor—. Para llevarlo a nuestros laboratorios y estudiar la diferencia de sus pulmones con los nuestros.

—Claro. Para mejorar nuestros aparatos de respiración en nuestros niveles de superficie.

—Llévenlo a la sala de operaciones—ordenó el inventor.

Pero Flash no estaba dispuesto a convertirse en un conejillo de Indias. Su puño percutió contra la mandíbula del capitán; luego se arrojó contra los murallas más inmediatos a él, haciéndoles retroceder y jugando con ellos como si fueran muñecos de paja. El inventor salió disparado por los aires de un gancho y otro mutanio que quiso socorrerle siguió el mismo camino. En torno de Flash se produjo un claro, que el vaquero aprovechó para empujar la carabina de litio, que reposaba abandonada en el suelo.

—¡Atrás!—mandó—. Todos al rincón.

Le obedecieron todos, menos uno de los más animosos. Inmediatamente sus ojos recibieron una descarga de rayo X, haciéndole desplomarse. Flash aprovechó la confusión del momento para pasar a la habitación donde desembocaba el tobogán, cerrando la puerta con llave tras sí.

El herido continuaba gimiendo, a pesar de los cuidados que le prodigaba el inventor, cuando se oyó la voz del canciller:

—Bien, caballeros. ¿qué pasa aquí?

Todos se volvieron hacia él, que había entrado por una puercecilla secreta, en compañía de un alto oficial de la Guardia. Su rostro se convulsionó de una manera espantosa al contestarle el inventor:

—Flash Gordon se ha escapado con la nueva arma.

—¿Que se ha escapado?—aulló el canciller—. ¡Imbéciles, ma-

jaderos! Si la reina se entera de que le salvé de la Cámara de la Muerte, todos moriremos por su negligencia.

—Por fortuna, el arma que robó Gordon tiene poca carga y pronto se extinguirá por sí misma—aseguró el inventor.

—Gordon se ha escapado—repitió Argo—. Hay que buscarlo y traerlo aquí en seguida.

—¿Un hombre de superficie en Murania?—preguntó el oficial que lo acompañaba, palideciendo—. En cuanto la reina se entere, estamos perdidos.

Sacó su espada y comenzó a atacar la cerradura de la puerta por donde habíase fugado Flash. Argo regresó apresuradamente al palacio, empleando para ello la salida secreta.

En la sala del trono, la reina escuchaba la conversación de Beetson con el representante de Flash, quien le comunicaba su decisión de marcharse de allí, ya que Flash había desaparecido. Argo pudo asistir a parte de esta entrevista, que alegraba a la soberana de Murania, en el momento en que Cooper aseguraba al representante:

—Me parece que hace bien en marcharse. La publicidad por fuerza será mala. Nosotros saldremos mañana.

—Estoy de acuerdo con usted—respondió el representante—. Cuanto más pronto salgamos, mejor. Adiós, señor.

Se estrecharon las manos y Cooper fué a reunirse con sus compinches, a quienes refirió esta conversación, concluyendo:

—Muy pronto el rancho de la Red o quedará desierto y continuaremos buscando la entrada de Murania.

Estas palabras irritaron a la orgullosa soberana. Desconectó la televisión y dijo, rechinando los dientes:

—Conque creen que van a descubrir Murania y hacerse ricos, ¿no es eso?

Argo inclinó la cabeza afirmativamente e intentó aplacar a la reina con una sonrisa, a la que agregó la siguiente frase:

—Por de pronto hemos librado al rancho de espectadores. Habiéndose marchado éstos, el pequeño grupo de hombres de ciencia no presentará dificultades.

Flash había llegado felizmente a la sala de mando del palacio.

Se subió al alféizar de una ventana semejante a una hornacina y miró al interior. El encargado del control de los aparatos estaba solo. Flash saltó al suelo y avanzó hacia él, encañonándole con la escopeta de litio.

—¡Quieto o le dejo ciego!—le amenazó.

El encargado titubeó un momento y, después, optó por hacer caso. Sin darle la espalda un momento, Flash anduvo hasta el gigantesco aparato de televisión y le ordenó que lo pusiera en marcha, conectando con el rancho de la Radio.

Frankie y Betsy habían disuelto hacía un momento una reunión de su club. Las noticias que tenían eran desconsoladoras: todas las expediciones enviadas en busca de Flash habían fracasado. Era indudable que su amigo estaba bajo tierra. Pero era indispensable que descubriesen la entrada de Murania, pues, en caso contrario, todos sus esfuerzos carecerían de valor.

Los hermanos Baxter, por consiguiente, estaban en su laboratorio con el detector de dirección bajo sus ojos. Esto fue lo que vió Flash en la pantalla y llamó a sus amigos, pero inútilmente.

—¿Por qué no me entienden?—preguntó al encargado del control, dando un paso hacia él.

El encargado hizo lo mismo y recordó a Flash a una fiara esperando la oportunidad de arrojarse sobre su futura presa. Pero Flash no se descuidaba.

—El mezclador de palabras—contestó a la pregunta del vaquero.

—Vuelva al cuadro—dijo Flash—. ¿Qué significa mezclador de palabras?

—Es un instrumento que mezcla las palabras de nuestras conversaciones radiotelefónicas para que nadie, fuera de Murania, pueda entender lo que hablamos.

Quitó el mezclador de palabras y Flash se encaminó hacia la gran pantalla televisora. Pero, antes de que hubiese llegado a ella, el encargado saltó sobre él. Flash esquivó su golpe y le dio otro en la nuca, enviándole inerte sobre una escalerilla, junto al cuadro de mando.

En el laboratorio de Frankie el detector señalaba decididamente hacia el fondo de la vasija. La radio de Frankie recogía un sonido sordo y entrecortado, que se fué aclarando hasta convertirse en inteligible.

—Ahí está otra vez — gruñó Frankie, refiriéndose al desagradable ruido.

—El detector de dirección, ¡Mira! —dijo Betsy.

—Estas señales vienen de Murania — afirmó Frankie—. El detector marca aún hacia abajo.

Esta era la escena que contemplaba y oía Flash. Advirtiendo que los parásitos de la radio de Frankie eran menos frecuentes, gritó esperanzado:

—¡Frankie!... ¡Betsy!... ¿Podéis oírme? ¿Me oyes ahora, Frankie? ¿Entiendes ahora?

El muchacho pegó con avidez la oreja al aparato de radio, aumentando su capacidad receptora con hábiles manipulaciones.

—¿Dónde estás? — preguntó, volviendo al micrófono—... Flash, hablemos otra vez... Flash, ¿dónde estás?

—Estoy ahora a veinte mil pies bajo la tierra... En Murania.

Las caras de Betsy y de Frankie demostraron una sorpresa casi cómica.

—¿Cómo llegaste ahí?

—Por una entrada secreta que hay en el Cañón del Trueno, junto al Peñón Azul.

—¡Vamos a buscarte en seguida! —prometió Frankie.

—No, no lo hagas. No podrías ayudarme.

Súbitamente Flash dió un salto como si le hubieran pinchado. Cerca de él sonaban unos pasos sigilosos. Rápidamente empuñó la carabina de litio y en un abrir y cerrar de ojos estaba en el alféizar de la ventana, espionando al personaje que había cortado la interesante conversación con Frankie.

Era Argó, que se dió cuenta de lo ocurrido con una simple ojeada. Dió con la punta del pie un golpe al encargado del control que aún estaba desmayado y se aproximó al aparato televisior, donde se reflejaba la imagen de Frankie diciendo apurado:

—¿Dónde estás?... ¡Háblame!... ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no hablas?

La siniestra sonrisa del canciller se disipó de pronto. Alguien andaba por el pasillo en su dirección. ¿Era la reina!

LA CAMARA DE LA VIDA

—¿Qué es esto, canciller?—fueron las primeras palabras de la reina.

Sus ojos iban desde el cuerpo inerte del encargado del control al canciller y al aparato de televisión, en el que sonaba la voz del excitado Frankie, diciendo a su hermana:

—Todos iremos a Murania.

A pesar de la gran juventud de quien aseguraba esto, había motivos más que suficientes para que la soberana se sintiera intranquila e irritada. El canciller hizo un ademán hacia el encargado del control y respondió con gran sangre fría:

—Contestaré a su pregunta. Ghaspa conspiraba con gente de superficie. Su Majestad puede juzgar si he tratado el asunto debidamente.

La reina mandó que desconectasen el aparato y se dirigió a una pantalla de comunicación interior, poniéndose al habla con Suma, el jefe de la hatería de torpodos dirigidos a distancia.

—Prepare una bomba de radio y diríjala al encuentro y destrucción de los Jinetes del Trueno, que pronto vendrán hacia aquí.

Efectivamente, los Jinetes del Trueno se habían puesto en camino hacia el lugar mencionado por Flash como la entrada del imperio subterráneo. Frankie y Betsy cabalgaban a la cabeza,

compitiendo en velocidad con el viento, mientras Oscar y Pete discutían la conveniencia de seguir a los muchachos, cosa que terminaron por hacer.

Argo envió a dos soldados conjurados a la busca y captura de Flash. Este, en vista del cariz que tomaban las cosas, y del peligro inminente en que estaban sus amigos, saltó de la ventana y bajó rápidamente por una escalera. Pronto hubo de esconderse en un hueco de un recodo del palacio, pues los soldados le iban a los alcances.

Desde allí recorrió varios metros, subió otros peldaños y se encontró ante dos puertas, una de las cuales estaba custodiada por dos colosales «robots», provistos de anchas espadas. Vacilaba sin saber qué hacer para llegar al ascensor, cuando sonaron muy cerca de él las voces de los soldados, y tuvo que colgarse en el vacío, asiendo de una cornisa.

Los soldados se pararon junto a los «robots», cuyo buen funcionamiento comprobaron apretando un botón, que se destacaba en una cajita de madera fija en el pecho de los muñecos de acero. Un soldado colocó en sentido perpendicular al espacio que servía de lugar de tránsito y al otro paralelo a la puerta, hecho lo cual dijo a su compañero:

—Ajústale para que guarde esta puerta.

—No conozco bien el mecanismo—replicó su amigo.

—Bien, yo te diré cómo... Aprieta el botón blanco y se pondrá alerta. El de en medio conecta con el interruptor infrarrojo. Si alguien pasara a través de esos rayos de luz, pues... Gordon no pasará por aquí.

Gracias a la disposición de los «robots», parecía, en efecto, casi imposible que los rayos infrarrojos fueran burlados por Flash sin perder la vida. Pero, no obstante, logró hacerlo. Así que los soldados se hubieron alejado, Gordon abandonó la cornisa y se encaminó hacia los «robots». Estudió sus anchas espadas, que mantenían enarboladas, y luego se agachó cruzando ante ellas con agilidad. Uno de los rayos infrarrojos rozó su cuerpo y las espadas se descargaron... aunque contra el vacío.

El chasquido metálico producido por el golpe atrajo a los sol-

dados, que con sumas precauciones apretaron los botones de alto, para proseguir luego la persecución.

Gracias a su astucia, pudo Flash entrar en el ascensor y subir a la galería de los torpedos. Suma ya había levantado el casquete de la colina y lanzado el torpedo al espacio, dirigiendo su vuelo contra los jinetes del Trueno con ayuda del periscopio.

Flash dejó caer la inútil carabina de litio y apartó a Suma del mando de radio, haciendo cambiar de rumbo al torpedo. Suma lo atacó valientemente, golpiéndole el estómago, en respuesta de lo cual Flash le dio un golpe corto en la mandíbula. Rodó Suma por el suelo y Flash volvió al periscopio y pilotó el torpedo en su viaje de regreso a la base.

Suma se incorporó y tornó a arrojarle contra Flash. Hubo una lucha encarnizada por la posesión de la central de mando del proyectil. Flash descargó varios directos demolidores sobre Suma; pero éste parecía indestructible y tornaba a la carga...

Cuando Flash iba a rematar definitivamente a su adversario, el torpedo silbó desgarradoramente y se estrelló contra la cúspide de la colina, destrozando cuanto contenía, como si fuera de cera...

Al disiparse el humo, Suma se levantó del suelo y se dirigió a la galería de la guardia, a cuyo jefe informó de lo ocurrido. El oficial mandó unos soldados a recoger el cuerpo de Flash y poco después hablaba con su soberana.

—He capturado al hombre de superficie Flash Gordon. Todavía da señales de vida.

—Llévenlo a la cámara revivificadora...

Cortando la comunicación, la reina preguntó ceñuda a su senescal:

—¿Sabía que Gordon no murió cuando le sentencié a morir en la cámara de la muerte?

—No, Majestad.

Esta se retorció las manos, pálida y agitada. Una apasionada tormenta se había desencadenado en su alma.

—Después de tantos siglos de lealtad de los súbditos de Murania a su soberana, nuestro imperio cobija en su seno a un traidor... ¡Es increíble en Murania, increíble!... El canciller fué en-

cargado de su ejecución. No me extraña... Hay que sanar al hombre de superficie. El nos dirá quién le ayudó a escapar de la cámara de la muerte y nos dirá el nombre de ese infame traidor. Le condenaremos a muerte instantánea.

—Pero hay otro problema—dijo el senescal—. Los hombres de superficie del rancho de la Radio están buscando ahora la entrada secreta de nuestro reino.

—Avise a la guardia real para que esté alerta. Si un hombre de superficie encuentra la entrada tiene que morir inmediatamente.

Esta orden coincidió con dos hechos simultáneos: la llegada de los Jinetes del Trueno a la entrada del cañón y el transporte de Flash al ascensor, que descendía poco más tarde con la velocidad de la luz.

—Apenas respira—dijo el oficial de la guardia, observándole—. Dudo que pueda llegar a la cámara revivificadora.

La noticia de que Flash Gordon había sido capturado por segunda vez y que estaba a punto de morir, se extendió como una gota de aceite en un papel secante, entrando incluso en el cuartel general de los rebeldes, donde Argo estaba estudiando su rebelión con sus auxiliares más calificados.

El canciller, al enterarse de la noticia, exclamó:

—¿Está vivo?

—No, pero lo llevan a la cámara revivificadora.

—Eso significa que le harán volver en sí—masculó Argo—. Empezaremos la revolución en el acto.

Esta decisión no fué acogida con el entusiasmo que había imaginado. Era demasiado precipitada para que gozase de todas las garantías de éxito.

—Pero la máquina desintegradora que destruye toda la materia no está aún terminada—le informó el inventor.

—Gordon dirá quién le libró de la cámara de la muerte—exclamó, agitado, el canciller—. Me descubrirán.

—Cálmese—le aconsejó el inventor, casi con desprecio—. Olvida que soy el cirujano en jefe. No volverá jamás a hablar.

—Vaya a su puesto—le indicó Argo, ya más tranquilo—. La reina le buscará. Espere órdenes en la cámara revivificadora.

El cirujano se marchó inmediatamente. Argo se volvió hacia dos hombres de poca categoría y, sacando un instrumento de forma poco común, dijo a uno de ellos:

—Con este cuchillo eléctrico cortará el cable de alta tensión del generador de radio. Y con la fuerza cortada pararemos todas las máquinas de Murania.

La cámara revivificadora era una habitación amplia, pavimentada de ebonita, con todas las paredes tapizadas de marcadores de intensidad de corriente, tableros de interruptores y reostatos, conmutadores y un complicado sistema radioeléctrico. En el centro había una especie de lecho de vidrio negro y sobre él una tapa de cristal transparente, semejante a la de un ataúd.

En tal sitio fué colocado el cuerpo exánime de Gordon, al que cubrieron inmediatamente con una manta negra. Mientras estas operaciones se llevaban a cabo, la reina se paseaba nerviosamente por la cámara. Al entrar el cirujano, le dijo:

—Prepare el generador de radio para el hombre de superficie. Debe volver a la vida.

El cirujano estudió la córnea de Flash y lo volvió a tapar, hablando luego en voz baja con su ayudante, que puso en marcha algunos generadores. El oficial de la guardia, después de avisar a la reina que sus órdenes habían sido cumplidas, se quedó en la estancia, para arrestar a Flash cuando volviese a la vida.

—Atiéndale, Rab—indicó perentoriamente la reina al cirujano, que retrasaba sus preparativos—. No debe morir.

—Muerto—murmuró Rab.

—Nadie muere en Murania—exclamó la reina con altivez—, a menos que no queramos revivificarle... Conecte la máquina.

Rab apretó una palanca, con gran contrariedad. Tenía que respetar los deseos de la reina. Brotó una chispa en la penumbra, se oyó un zumbido y comenzó a realizarse el milagro científico.

EN LA TRAMPA

Una luz fosforescente lamia el lugar de unión de la tapa con la cama. Rab se inclinó sobre el cristal observando la masa oscura constituida por el cuerpo de Flash bajo la manta y se acercó nuevamente al tablero de reostatos.

La contrariedad de Argo había llegado al colmo, lo mismo que su miedo. Sus partidarios compartían ambos sentimientos y devoraban literalmente las palabras de su jefe, que, habiendo pasado unos minutos de angustiosa incertidumbre, declaró finalmente:

—Si no se corta pronto el cable, habrá que avisar a todos los distritos de que la revolución empezará inmediatamente. —Y se encaró con un soldado, a quien ordenó—: De momento, me acompañará a la cámara revivificadora.

Los conjurados provistos del cuchillo eléctrico acometían a un cable de alta tensión cuyo grosor era el de un barril. Cortado dicho cable, toda la fuerza eléctrica de Murania cesaría. No obstante, la dureza del material y su espesor hacían muy lenta la tarea.

El cirujano en jefe desconectó una palanca, alzó la tapa de la mesa de operaciones y tomó el pulso a Flash.

—Estaba muerto, pero ahora vive. Pronto podrá hablar —anunció.

—¿Cuándo podré interrogarle?—preguntó la reina.

—Muy pronto, Majestad—aseguró Rab, destapando el rostro de Flash.

El pecho del vaquero subió y bajó, aspirando ansiosamente el aire. Luego pareció calmarse su intranquilidad física y pronunció unas palabras incomprensibles, que la reina escuchó con avidez.

—¿Qué ha dicho?... No entiendo lo que dice.

—Es el lenguaje de los muertos—le informó Rab.

—Entonces, no podemos entenderle—se desesperó la reina—. ¿Ni él a nosotros?

—Los hombres de superficie vuelven a la vida de esta forma.

—Usted aseguró que podría interrogarle—le amonestó la reina.

—Siempre se puede interrogar a los muertos, Majestad; pero no siempre se puede esperar que contesten—dijo, sentencioso, el cirujano en jefe.

—Es forzoso averiguar quién fué el que le ayudó a escapar de la cámara de la muerte.

—Eso sería muy fácil—respondió Rab—, si nos arriesgásemos a hacer una operación en su cerebro.

—Arriesgaría cualquier cosa por saber quién fué el traidor que le ayudó a escapar.

—Vamos a trepanarle—avisó Rab a su auxiliar.

En tanto que los dos cirujanos buscaban los instrumentos necesarios para la operación, la reina no apartaba los ojos de Flash, que proseguía pronunciando palabras incoherentes. Argo se presentó en la cámara revivificadora y la sospecha, que poco a poco se iba concretando en la mente de la soberana, tomó más cuerpo todavía al verle.

—¡Ah, el canciller!—exclamó con ironía—. Llega muy a tiempo para presenciar un experimento. Gordon ha sido vuelto a la vida y está a punto de hablar. ¿Tiene usted algún inconveniente?

—Ninguno, Majestad—contestó Argo con gran sangre fría.

—Pero usted estaba encargado de su ejecución—insistió la reina—. ¿Quiere usted que viva?

—Me tiene sin cuidado.

—¿No le importa que nos diga cómo escapó de la cámara de la muerte?

—De ningún modo, Majestad. Murania debe librarse de los traidores.

Rab apoyó la afilada punta de un escálope en la frente de Flash y levantó el martillo para empezar la trepanación. Pero, antes de que lo descargase contra la cabeza de Flash, las luces se

apagaron. Los leales de Argo habían cortado el cable de alta tensión.

En la obscuridad de la cámara vivificadora se produjo un alboroto. La reina pedía luces a gritos. Entró un soldado empuñando una antorcha y todas las miradas se concentraron en la mesa de operaciones. ¡Estaba vacía!

—¿Dónde está Argo?—chilló la reina.

—Aquí, Majestad—respondió el aludido.

—Toda la fuerza ha quedado interrumpida—anunció un asistente.

La reina, a pesar de sus sospechas, no podía acusar a Argo y comenzó a dar órdenes para capturar a Flash Gordon y para que reparasen el cable de distribución eléctrica. Los habitantes de Murania corrían aterrorizados por la tenebrosa ciudad, tropezando de vez en cuando con patrullas de los soldados de la guardia, que reforzaban el servicio de policía del Imperio subterráneo.

Argo, mientras tanto, se dirigió sin pérdida de tiempo al cuartel general rebelde con el propósito de iniciar la revolución al amparo de las tinieblas. Pero la puerta del cuartel estaba cerrada herméticamente, pudiéndose oír las protestas de los hombres encerrados en el interior.

—Ábrala—mandó Argo al oficial que le acompañaba.

—Funciona con electricidad y no se abrirá sin fuerza.

—Corte las bisagras—le indicó Argo.

El oficial avisó a los conspiradores para que se apartasen de la puerta y apretó un resorte de su espada, de cuya punta brotó una devoradora lengua de fuego, con la que atacó la parte de la puerta aludida por el canciller.

La reina y un cortejo de soldados provistos de antorchas entraron en la sala de mando, donde el encargado del control manipulaba frenéticamente los reostatos. Hizo una reverencia al ver a la reina y esperó sus palabras.

—¿Cuándo estará restablecida la fuerza?—preguntó ésta.

—Los «robots» están trabajando en ello, Majestad.

La soberana pudo comprobar que en efecto era así. Los «robots» encargados de las reparaciones eléctricas ya habían unido

las partes del cable cortadas, rodeándolas de una gruesa capa de cinta aislante de metal. Satisfecha de la rapidez con que se obra, la reina dijo:

—De prisa. Quiero ver en la pantalla a los jinetes de superficie, que nos amenazan desde arriba, para dirigir la defensa.

El encargado del control estableció el contacto y la reina clavó sus ojos en el aparato de televisión exterior...

Frankie y Betsy vagaban por las cercanías del Cañón del Trueno, llevando a sus caballos de la brida. Llegaron al borde de un abismo y miraron abajo.

—Esta debe de ser la entrada de Murania—barruntó Betsy.

—Vamos.

Se pusieron a buscar un sitio por donde fuera más fácil emprender el descenso. Betsy hizo un nuevo descubrimiento: a los pies de ellos se abría un boquete en la pared rocosa.

—Mira, allí hay un túnel—exclamó—. Pero ¿cómo vamos a bajar?

Los pies de Frankie tropezaron con unas estacas, hincadas profundamente en el suelo, sirviendo de sostén a una escalera de cuerda. Y los hermanos Baxter, soltando a sus caballos, bajaron al fondo de la sima gracias a la escalera de cuerda.

Caminaron con gran cautela hacia la boca del túnel, junto a la cual había una tosca cabaña de troncos sin desbastar. La voz de Beetson, procedente del túnel, les obligó a dar un gran rodeo para ocultarse detrás de la cabaña.

Los profesores estaban examinando las paredes del túnel con expresión de alegría. Habían logrado encontrar la pista al yacimiento de uranio y ya se consideraban ricos. Pero antes habían de penetrar en Murania y la cosa no era fácil.

—Aunque utilizáramos picos y palas durante un año, no podríamos entrar en Murania—se desalentó Cooper.

—A mí me importa poco que no encontremos Murania—declaró Saunders—. Lo que me interesa es el depósito de uranio. He venido por riquezas, no por fama. ¿A qué distancia se encuentra el uranio?

Beetson consultó el electroscopio y contestó:

—Según este instrumento, que indica exactamente hasta las más pequeñas cantidades, debe de encontrarse a unos tres mil pies.

—En ese caso, traigamos dinamita del rancho y empecemos a barrenar—propuso Cooper, viendo aceptada su idea.

—Cuando hayamos localizado la entrada de Murania, tendremos todo el uranio que deseemos—anunció Beetson, saliendo del túnel.

Los profesores se encaminaron hacia la escala de cuerda y treparon por ella, hasta el borde del abismo. Los hermanos Baxter respiraron aliviados. El peligro había pasado.

—¿Has oído lo que ha dicho?—exclamó Betsy.

—Sí, que cuando descubran a Murania tendrán todo el uranio que deseen y eso vale millones.

—¿Qué tios más ambiciosos, caramba!—se admiró Betsy.

Habían llegado al lugar donde colgaba la escala de cuerda. Frankie lanzó un grito de sorpresa y de pavor.

—¡Han quitado la escala!... ¡Caímos en la trampa!

Estaban perdidos. Sin la escala no sólo estaban a merced de los profesores, sino que, cuando éstos volvieran con la dinamita y la lanzasen al túnel, parecerían irremisiblemente. Los hermanos Baxter estaban condenados a muerte, a menos que sucediese un milagro...

... ¿Qué fue lo que salvó a Frankie y a Betsy? ¿Consiguió Flash Gordon huir de Murania? ¿Quién triunfó finalmente?...

Si os interesa conocer la respuesta a estas preguntas, leed la intensa y dinámica segunda y última parte de «El Imperio Fantasma», titulada «El Rayo de la Muerte».

FIN de la primera parte de EL IMPERIO FANTASMA



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata Charles Collins
Melodía de Broadway Robert Taylor
Apuesta de amor Gene Raymond
Mótor Fierabraca Gino Cervi
Sepultada en vida A. Nazari
Defensores del crimen Richard Dix
Aventura Fompador Kate de Naji

Melodía rota Billy Bergel
Cupido sin memoria Ann Sothern
María Hana Paula Wessaly
El caso Vane Clive Brook
Quimera de Hollywood Jean Fontaine
Los tres vagabundos Hume Rumsell

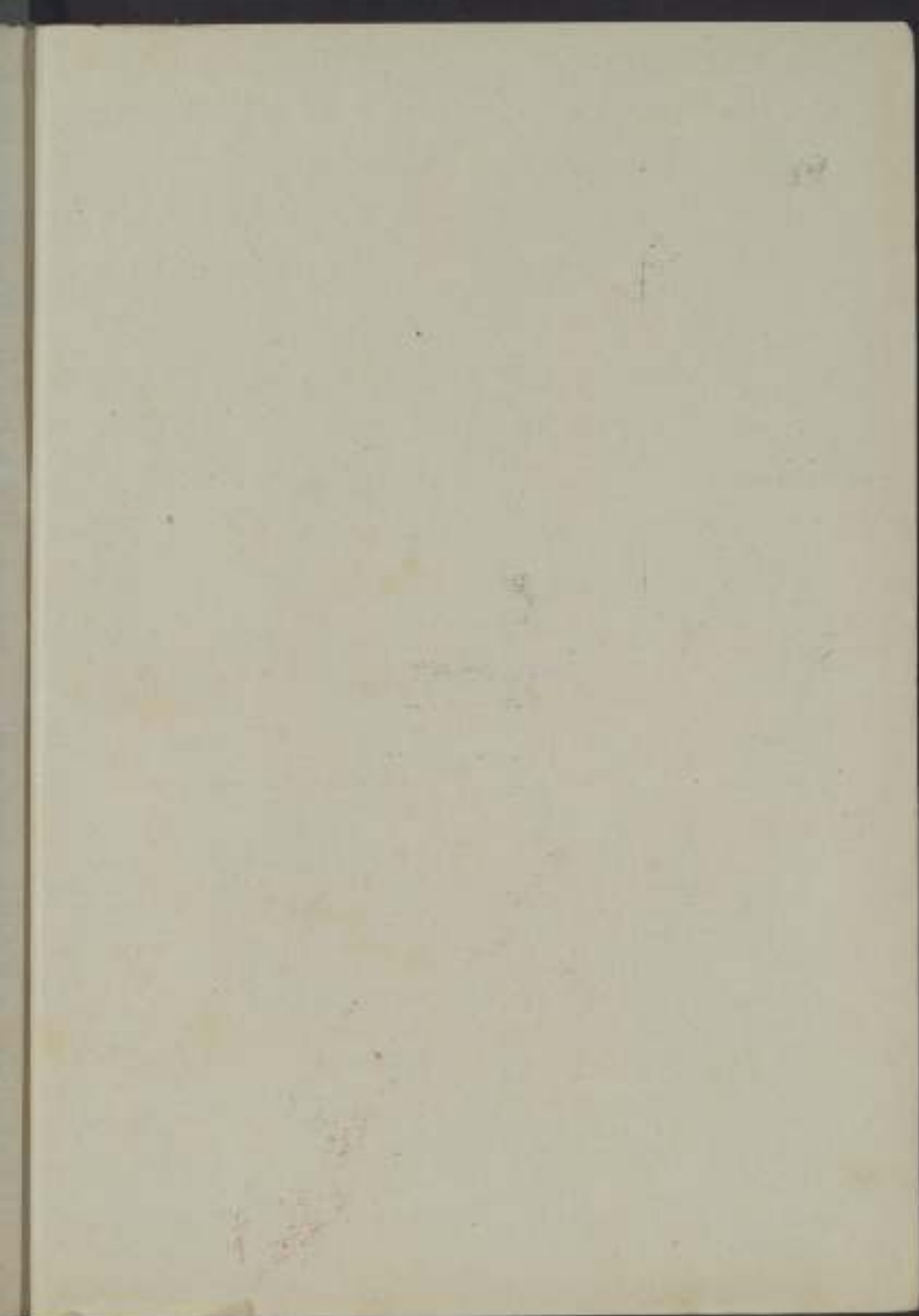
SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Toomey de los
elefantes Sabú
Tú cambiarás de vida M. Redgrave
Las dos niñas de París C. Barchon
¿Ea mi hijo? Lil Dagover
La última avanzada Cary Grant
Vacaciones juca Harvey Mickey Rooney
Margarita Gautier Robert Taylor
Mortal sugestión Ann Harding
Una chica inasportable Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche Edmund Lowe
Alarma en el expres M. Redgrave
Crimen de medianoche Ramón Fariña
El signo de la Cruz Fredric March
El asesino invisible Walter Abel
Los dos pillos Jacques Teyss
Pygmalion Leslie Howard
María Estuardo Kath. Hepburn
Cuidado con lo q. haces Michael Redgrave
Por la dama y el honor Paul Lukas
El día que me quieras Carol Cordei
El pequeño lord F. Bartholomew
Tarzán de las fieras Buster Crabbe
Albergue nocturno Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa Judy Kelly
Acusada Dolores del Río
Forja de hombres Mickey Rooney
La perfiera millonaria Gene Raymond
Los pedregos de la gloria James Cagney
La bella rebelde Ann Sothern
Buscando fama Don Ameche
Una mujer imposible Jenny Jugo
El hombre del Níger Victor Francon

Extraños en luna de miel Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio Mickey Rooney
Fruito dorado Clark Gable
El secreto del marqués Armando Falconi
Irene Ana Neagle
Una hora en blanco François Tora
La heralla Charles Boyer
La familia Robinson Fr. Bartholomew
La muj. de las dos caras Greta Garbo
Luna Rana Jean. MacDonald
La hora radiante Joan Crawford
Cuando el día se encuent Melvyn Douglas
El rapto de Laura Juan Fontaine
Una chica se divierte Jean Arthur
Una mujer endiablada Lupe Vélez
El club 400 George Murphy
La vuelta del zana Gordon Harker
El gran jefe V. MacLaglen
Cuando los hijos se van Fernando Soler
Otra vez más Rowld Colman
La hermanita del ma-
yordomo Diana Durbin
Juventud ambiciosa William Holden
El sospechoso Charles Laughton
Matrimonio de incom-
patencia Diana Barrimore
Una chica afortunada Jean Arthur
La dama del tren Diana Durbin
Documento Z 3 Isa Miranda
Zaza Claudette Colbert
Olivia Kath. Hepburn
El duque de West Point Jean Fontaine
El nuevo zorro John Carroll
Rutas infernales John Wayne

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA



Colección *Jorge Negrete*



Una creación de **Editorial AEA**

CANCIONERO

Canciones mejicanas.	una peseta
Creaciones de Jorge Negrete.	1'50 »
Jorge Negrete y Amanda Ledesma.	1'50 »
Jorge Negrete, sus nuevos éxitos.	1'50 »

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Biografía de Jorge Negrete «Genio y figura»	3'50
Cuando quiere un mejicano	
Así se quiere en Jalisco.	Pesetas
Diego Banderas	
Perjura	
La madrina del diablo	

3'50 pesetas